

Corinto y otras historias

Natalia Vélez Santos
Monografía para optar al título de literata

Dirigida por:
Carolina Sanín Paz

Universidad de los Andes
Facultad de Artes y Humanidades
Departamento de Humanidades y Literatura

Bogotá
2013

Prólogo

“Il y aurait une écriture du non-écrit. Un jour ça arrivera. Une écriture brève, sans grammaire, une écriture de mots seuls. Des mots sans grammaire de soutien. Égarés.

Là, écris. Et quittés aussitôt.”

Marguerite Duras

Como etapa final de un proyecto cuya finalización no logro concebir hasta ahora –y quizás no sea posible siquiera– se me ha pedido que escriba una suerte de bitácora de creación. Según entiendo, este texto debe concentrarse en mi proceso de escritura. He de confesar que pasé las semanas previas a la fecha final dando vueltas sobre la premisa. Finalmente, después de volver infinitas veces sobre la conclusión de que se trataba de un requisito más, decidí que la manera más honesta de enfrentar el reto sería contar la historia de mi texto, un texto que cuenta múltiples historias.

Lo primero que pensé cuando decidí escribir cuentos fue que debía escribir lo que me gustaría leer. Al releerlo concluí que, al menos parcialmente, había logrado mi cometido. Qué difícil es el acto de releerse. Cuando se trata de la propia obra, nunca será suficiente. Es por eso que, a partir de cierto punto, son solo los otros quienes pueden juzgarla. Mientras el autor se retuerce pensando en todo lo que podría aún mejorar, es el público quien debe decidir si ha logrado o no recrear la conmoción inicial que lo llevó a tratar tal o cual situación como tema de escritura. Después de todo, el arte cobra valor cuando está expuesta, disponible para ser apreciada. Así, estos cuentos habrían podido quedarse años en el cajón, pero la única forma de hacer algo de ellos es dándolos a juzgar.

Es curioso pensar en un escrito sobre la escritura misma. Mucho más cuando, en mi opinión, es imposible separar el acto de escritura del de lectura. Con esto en mente, he dividido mi prólogo en dos secciones: una que se concentra en mi experiencia de

escribir, y otra que habla de la manera en que leo mis propios cuentos. La segunda división supone un riesgo enorme: el de convertirse en una guía de lectura para el lector potencial. De antemano le pido encarecidamente que trate de evitar que esto suceda. Después de todo, esta colección ha sido concebida para que encuentre su propia manera de interpretar lo que lee.

I. Escribir

No sé todavía si pueda escribir, creo que no. Escribir es, desde toda perspectiva, un acto de naturaleza doble: valentía y cobardía, necesidad y decisión, técnica y talento, confinamiento y exposición. La última dualidad me interesa particularmente, siendo esta la primera vez que me atrevo a mostrar a alguien que esté por fuera de mi zona de comodidad aquello que escribo. La existencia misma de este ensayo es un acto de desprendimiento frente a lo que hasta el momento permanecía oculto, es una invitación. Ya no se trata de mis padres ni de mis amigos que pasan las páginas con condescendencia. Se trata de un lector anónimo de rostro ininteligible. Es a ese lector a quien va dirigido este prólogo.

Escribir cuentos breves supone todo un reto: en primer lugar, el autor debe construir un mundo imaginario en un espacio muy reducido, y en segundo, encontrar una serie de hechos que sucedan dentro de ese espacio y narrarlos con gracia. En este caso particular, el éxito radica en la capacidad de experimentar. Esta última solo puede conseguirse tras haber investigado, o mejor dicho, leído todo tipo de escritos para encontrar así esa mezcla perfecta de estrategias narrativas que logren el efecto deseado. Finalmente, es bien sabido que no hay nada nuevo bajo el sol, y que el desarrollo de la técnica escritural –como de cualquier otra técnica– es en gran medida ejercicio de imitación.

Así, el proceso que tenía como fin un producto escrito comenzó en el acto de lectura. Algunos escritores obvian esta parte del proceso creativo, pero en mi caso, creo que sin ella habría sido imposible avanzar en la producción de los cuentos.

A la hora de escribir una compilación, es fundamental que sus componentes se mantengan unidos por un hilo conductor que dote al conjunto de cierta unidad. Descubrí este elemento tiempo después de terminar el proceso de escritura, y fue a la luz de la relectura que comprendí que tenía un propósito claro, aunque hasta el momento inconsciente. La brevedad de mis relatos alude a las posibilidades de representar escenas por medio de la escritura. Así, por más de que los temas jugaran un papel importante a la hora de escribir, la forma de exponerlos tuvo siempre un papel protagónico. Quizás esto pueda reducirse a una cuestión de forma-fondo: en mi caso, he privilegiado la primera por encima de la segunda.

Con este objetivo en mente quise descomponer cada historia en una serie de cuadros, dejando lagunas que se rellenaran con las propias construcciones mentales del lector. Después de todo, el verdadero arte sucede en el espacio imaginario que existe entre la obra y su espectador. Se trata de un trabajo conjunto sobre el que no se reflexiona muy a menudo, pues se cree que es la obra en sí misma la que contiene la magia. Pero no es así. Me atrevería a afirmar que, con este proyecto, he logrado confirmar que los espacios vacíos generan un efecto particular que puede variar con el lector y con las claves de lectura impuestas por el texto. Los cuentos “18” y “La carta” son perfectos ejemplos de lo anterior. En ambos casos, esbozo finales que dejan espacio para interpretaciones adicionales del texto, y que, además, son giros inesperados de historias cuyo final está peligrosamente cerca de caer en el lugar común. Sin embargo, no lo hacen. Ubicarse en este borde resultó siendo una de mis estrategias preferidas. Por

ende, en varios de mis relatos se da una enorme importancia a lo que no figura en el texto.

En principio había establecido una división de cuatro categorías tituladas Amores y desengaños, Casualidades, Noticias y Objetos. Sin embargo, a medida que el proyecto avanzaba, esta clasificación paso de ser un plan a una camisa de fuerza. El proceso de restringir la escritura para que encajara dentro del esquema inicial se hacía cada vez más difícil, lo cual resultó en mi decisión de escribir primero la totalidad del *corpus* y luego dar nombre a los apartados. Fue así que surgieron los nombres finales: Supersticiones, Secuencias, Alusiones y Lo que falta. Pienso que este cambio invita a reflexionar acerca del texto que cobra una vida propia e independiente de su autor, tema que permea varios de los relatos. A este respecto cabe recordar las reflexiones de Marguerite Duras en su libro *Escribir*, según quien, una vez acabado el libro, el autor no puede ya reclamarlo como suyo porque se trata de una entidad independiente cuya trayectoria apenas comienza:

“Quand un livre est fini — un livre qu’on a écrit j’entends — on ne peut plus dire en lisant que ce livre-là c’est un livre que vous avez écrit, ni quelles choses y ont été écrites, ni dans quel désespoir ou dans quel bonheur, celui d’une trouvaille ou bien d’une faillite de tout votre être. Parce que, à la fin, dans un livre, rien de pareil ne peut se voir. L’écriture est uniforme en quelque sorte, assagie. Rien n’arrive plus dans un tel livre, terminé et distribué. Et il rejoint l’innocence indéchiffrable de sa venue au monde. (Duras 32)”

En lo referente a esta colección de cuentos, el hecho de que el texto se independice de su autor no quiere decir, en ninguna medida, que se haya concebido sin tener en mente a su lector potencial. Por supuesto que durante el proceso he imaginado

esta figura. La he imaginado tantas veces como cuentos componen este libro, ya que cada uno de ellos implicó reiniciar un proceso doble: por un lado, de escritura en cuanto a técnicas narrativas, y por otro, de creación de un universo nuevo y coherente en una extensión limitada. La repetición incesante del ejercicio –que por supuesto, resultó en muchos más cuentos de los que seleccioné para la entrega final– desembocó en lo que es, en mi opinión, el mayor logro de la compilación: la diversidad.

Solo al hacerlo, comprendí la magnitud de la premisa de que escribir es un acto personal e intransferible. En definitiva, escribir es exponerse. Escribir veinticinco cuentos es exponerse veinticinco veces.

No creo poder decir mucho más acerca de la compleja paradoja de escribir, fue esto lo que exprese a quienes tuvieron la paciencia e acompañarme hasta el último momento de este proceso, incluyendo la elaboración de este ensayo. Como consejo, se me propuso la lectura de textos que reflexionaran sobre la tarea del escritor. Más que esclarecer las ideas que he intentado transmitir, estos últimos me llevaron directamente a otro lugar que es precisamente al que me desplazaré ahora: se trata del acto de leer. En este caso, el acto de leerme a mí.

II. Leer

“If, as we grow intellectually, our liking for books grows also, its dangers, as we have seen, are reduced. An original mind is able to subordinate its reading to its own personal activity. [...] We can only develop the power of our sensibility and our intellect in ourselves, in the depths of our spiritual lives but it is in this contact with other minds, that is reading, that the ‘ways’ of our minds are inculcated. [...] In the order of the mind too, distinction and nobility consist in a sort of freemasonry of usage and heritage of traditions.

Marcel Proust, Days of Reading”

Hablar sobre mis lecturas de lo que escribo va directamente en contra de mis creencias sobre el arte en general. Pienso que una obra debe ser auto explicativa, y que debe encontrarse con cada espectador sin ningún tipo de predisposición. Debe imponerse sin precedentes, hacer que quien la presencie se vaya de espaldas. Por eso, hacer una lectura de mis cuentos me parece una empresa engañosa. Sin embargo, supongo que no hay nadie que pueda hacerlo mejor que yo misma. En páginas anteriores he hablado con rigor acerca del proceso del que resultó esta colección de cuentos. Hablaré ahora de lo que sucedió después.

Desde la primera vez que releí mis cuentos supe que ya me eran ajenos. Por supuesto que reconocí mi estilo y mi pensamiento en las páginas impresas, pero la relación con ellas era ya muy distinta. Sin importar que en algunos casos se tratara de temas autobiográficos como enfermedad de mi padre (como es el caso de “Reminiscencia”) o el amor imposible (como en “La despedida”), los relatos que escribí tenían una voz diferente de la mía, una voz personal. Fue entonces cuando descubrí que era posible mirar el trabajo propio con elementos de crítica, y que estos, más allá de resultar en un arduo proceso de edición, me llevarían a cuestionar mi forma de abordar el ejercicio que me había planteado. Comprendí entonces que mi obra reflexiona sobre sí misma, y un lector medianamente atento podrá identificarlo en varios de los cuentos, tales como “La perla” y “Apuntes médicos”. Otros reflexionan sobre el arte de modo más general, es decir, no solamente desde la escritura. Tal es el caso de “Obra cerrada”.

Como lectora de mis cuentos identifico en ellos dos preocupaciones principales: la primera, por hacer del proceso creativo un tema de escritura explorándolo desde diferentes perspectivas. Estas últimas se manifiestan mediante el establecimiento de categorías: si bien hay algunas unidades temáticas en la colección, las categorías no responden necesariamente a ellas sino a la lógica interna de los relatos. El lector no

debe sorprenderse si, por ejemplo, de dos historias de amor, una se encuentra bajo el título de Vínculos y otra bajo el de Piezas. Esto debe tomarse como una pista de lo que realmente ha querido enfatizarse del relato más allá de la anécdota amorosa que lo compone.

La segunda preocupación que he detectado desde el acto de relectura es, más que una preocupación, un propósito. Se trata de no ceder completamente ante el lector. He dicho anteriormente que, en mi opinión, gran parte del éxito de una colección de cuentos breves radica en su componente experimental. Con esto en mente, he tratado de jugar con las fronteras del lenguaje técnico (en “Amorío: apuntes médicos) y con los ritmos de narración. Sobre todo en el caso de “Amorío”, ciertos lectores podrían interpretar la estrategia como un tanto hermética. Algunos me dijeron incluso que habían intentado buscar cada palabra en el diccionario durante la lectura de los primeros párrafos. Creo que quienes incurrieron en este error fallaron en comprender el objetivo general de la historia.

Otro tema que marcó profundamente mi experiencia de lectura fue la estructura del volumen. Como se ha dicho anteriormente, el propósito de las divisiones temáticas no es en ninguna medida restrictivo, todo lo contrario. Es una invitación a un lector desobediente, que sea capaz de trasgredir el orden impuesto para descubrir distintos niveles de lectura. El mejor ejemplo de lo anterior es la serie de escenas complementarias tituladas “Idilio”, ¿cómo condicionan la lectura variables como el orden y las categorías bajo las cuales se encuentra un relato fragmentado? ¿Qué tan posible es tomar cada fragmento como una unidad a pesar de saber que hace parte de algo más amplio?

El hecho de que mi texto suscite preguntas de este tipo sugiere que exijo un lector pendiente y comprometido. Si bien este sería el lector óptimo –por llamarlo de

alguna forma— no es en absoluto el único posible. Después de la diversidad, la segunda gran virtud del proyecto es que, como una cebolla, tiene varias capas de lectura que a medida que se hacen más internas apuntan más hacia la reflexión. Un primer nivel sería el de entretenimiento: por su extensión, en cuento breve es el género idóneo para un lector que busque simplemente pasar el rato. *Corinto y otras historias* no es un libro con el que haya que comprometerse a seguir un patrón determinado ni una línea de tiempo. En este sentido, el texto incita a la desobediencia por parte del lector. Las historias pueden —y deben— leerse en el orden que se considere conveniente por encima de limitarse a las divisiones propuestas.

Un segundo tipo de lector potencial es aquel que lee con desconfianza, buscando entre líneas el significado verdadero de lo que dicen las palabras. Teniendo en cuenta que las historias buscan que el lector se identifique con ellas en alguna medida, ya sea a nivel literal o metafórico, para comprenderlas a cabalidad es indispensable leer con precaución. Como dije anteriormente, cuentos como “La carta” se acercan inmensamente al lugar común, pero el momento en el que se distancian de él es tan contundente que el lector reflexivo entenderá que se habla de un tema como simple excusa para abordar otro. Así, la premisa principal de muchos de los cuentos no es la que parece, ni siquiera la que se lee sino más bien la que se deduce al sumar la lectura y la experiencia propia. En este sentido, los cuentos funcionan también a nivel introspectivo, y como he dicho anteriormente, los espacios vacíos en ciertos momentos de la narración funcionan como medio para establecer un diálogo más personal con el lector.

Reconozco que es arriesgado establecer niveles de lectura. Por supuesto que esta clasificación bipartita de no implica que ignore la cantidad de matices que existen entre un tipo de lector y el otro. Existen tantos tipos de lectores como personas hay en el

mundo, y pretender clasificarlos en categorías excluyentes sería un grave error. Simplemente, intento establecer una hipótesis acerca de las posibilidades de la obra en términos de recepción.

Finalmente, quisiera aclarar que por más que el propósito de este ensayo sea hacer una lectura de mis propios cuentos, me ha resultado imposible separar mi condición de lectora de la de autora. Supongo que esto es apenas natural, ya que, siendo un libro el equivalente a un hijo –gestado durante algún tiempo, y abandonado después en un mundo nuevo–, es imposible verlo como un objeto ajeno a pesar de la distancia que inevitablemente, establece con su padre.

En este punto, vale la pena recordar que además entré en el juego bajo una serie de límites que enmarcan la producción de textos creativos en el ámbito universitario. El más tajante de ellos fue el tiempo, que jugó algunas veces el papel enemigo invencible – que no dejó de ejercer presión hasta el último punto–, y otras el de amigo fiel –único capaz de frenar un proceso de edición infinita–.

Escribir en estas circunstancias implica una serie de restricciones, pero tras superar los obstáculos que suponen doy por finalizada esta primera etapa de mi proyecto. Estoy suficientemente complacida con la selección de cuentos para la entrega final, pero por encima de esto, rescato el valor del aprendizaje que ha resultado de este proceso. Espero entonces que el lector encuentre en mis historias las claves que me llevaron a exponerlas de tal o cual forma, y que logre identificarse con los temas que a mi parecer, merecen ser fijados sobre papel.

Bibliografía:

Duras, Marguerite. *Escribir*. Barcelona: Editorial Tusquets, 1994.

Proust, Marcel. *Days of Reading*. London: Penguin Books, 2008.

Supersticiones

There is a fifth dimension, beyond that which is known to man. It is a dimension as vast as space and as timeless as infinity. It is the middle ground between light and shadow, between science and superstition, and it lies between the pit of man's fears and the summit of his knowledge. This is the dimension of imagination. It is an area which we call the Twilight Zone.

—Rod Serling

La subasta

La reconocida casa de subastas *Angelino's*, anunció que el 27 de septiembre del presente año pondría a la venta una pequeña colección privada de objetos varios, abandonados por el difunto multimillonario Ian Roosevelt en medio de extrañas circunstancias, y posteriormente encontrados por su hija.

La noticia ha dado la vuelta al mundo gracias a la unicidad de las piezas a subastar, que ha captado la atención de un alto número de coleccionistas privados. La conmoción ha sido tal que el personal encargado de la subasta asegura haber recibido ofertas desde meses antes de anunciar el evento. Se rumora que, en una ocasión, incluso recibieron un cheque en el correo por la módica suma de once y medio millones de dólares. Por políticas internas, la casa se vio obligada a rechazar la oferta.

¿Qué contiene exactamente la colección de Roosevelt? Hasta el momento, nuestros corresponsales han logrado confirmar que se trata de un conjunto de veintidós objetos en total, que nada tienen en común de naturaleza ni de época. Lamentablemente, solo nos ha sido posible identificar dos de las piezas, que son precisamente las raíces del enfrentamiento creciente entre los coleccionistas norteamericanos Ted Strom y Kyle Thompson. Es evidente que ninguno de los dos está en desventaja a la hora de hablar de dinero, pero para demostrar su determinación se han puesto en la tarea de sacudir las redes sociales.

¿Cuáles son entonces los dos objetos más famosos del mundo por estos días? El primero de ellos es toda una reliquia: se trata de los calzoncillos usados por el astronauta estadounidense Neil Armstrong en el momento mismo de poner pie sobre la luna. No ha sido posible determinar cómo es que Roosevelt llegó a poseer una prenda de tal valor simbólico para la historia de la humanidad, pero los hijos del astronauta

aseguran que esa es, en efecto, la ropa interior de su padre. La pieza ha sido valorada por una cifra cercana a los treinta millones de dólares, y tanto Thompson como Strom han declarado públicamente que pagarían incluso cincuenta millones de dólares más.

La segunda pieza es aún más interesante: se trata de una compilación de poemas escritos por Dorothy Wayne, ama de llaves de la famosa actriz Simone Signoret. La importancia del cuaderno radica en que los poemas están completamente inspirados en la belleza de la actriz alemana, quien además, cuentan que sentía un afecto particular por el soneto titulado “Labios de fresa”. El cuaderno de 86 páginas ha sido valorado en unos cuarenta y cinco millones de dólares, cifra que, por supuesto, crecerá cuando los postores empiecen a competir.

El verdadero valor de estos objetos está por verse. Tendremos que esperar al veintisiete de septiembre para conocer los resultados definitivos de la subasta, aunque si fuera a apostar al respecto, diría que con el dinero invertido en un par de calzones viejos y un cuaderno lleno de moho podríamos sacar de la miseria a unos cuantos.

La entrega

De todos los deseos que habría podido pedir al soplar la vela de su cumpleaños número setenta, Bernardo Koh escogió uno muy particular: el de ser minúsculo, tan diminuto que nadie pudiera verlo. Como la mayoría de nosotros, Koh se sintió decepcionado al confirmar que su deseo no se había materializado pasada la segunda noche, y mientras caía dormido se divirtió pensando en lo ingenuo que era el acto de pedir un deseo en primer lugar. Hallábase en medio de un profundo sueño cuando, de repente, abrió los ojos y se encontró flotando sobre un líquido denso y oscuro. Bernardo Koh estaba inmerso en una enorme taza de café.

Por supuesto que le tomó unos momentos descubrir que el líquido en el que se sumía era en su defecto, café, pero este fue el infalible dictamen de su sentido del gusto. De no haber sido por los inmersos muros que delimitaban el volumen de líquido, Koh se habría convencido plenamente de que se encontraba en medio de algún mar contaminado –lo cual habría sido igual de desconcertante– aunque en el fondo le alegraba enormemente que no se tratara de ningún compuesto extraño y desagradable.

Como era de esperarse, el paso a seguir fue buscar la raíz de esta situación inusual. ¿Acaso se había reducido a un tamaño diminuto o la taza era en realidad de proporciones inmensas? ¿Quién habría sido el autor de una broma tan desagradable si no contó a nadie lo que había deseado? Estas y muchas otras preguntas se apoderaron de la mente del Koh, mientras que sus piernas se movían instintivamente para mantenerlo a flote.

Después de direccionar todas sus capacidades hacia la búsqueda de una respuesta, Koh seguía completamente confundido. Fue entonces que, ya muy cansado, decidió dedicarse a contemplar el paisaje –si es que así podría llamársele– esperando a que algo sucediera. Es bien sabido que algo siempre sucede, pensó.

La escena era bastante agradable y Koh llegó incluso a pensar que, de encontrar la manera de suplir sus necesidades básicas, vivir allí no estaría del todo mal. La taza era de un diámetro considerable, guardando por supuesto la proporción del tamaño de nuestro personaje. El muro que la separaba de todo lo conocido era de color crema, y su material era de un liso impecable que le hacía pensar en el manto de nubes bajo el cual había pasado los primeros años de su infancia en el campo. Desde la taza era imposible identificar el cielo, y lo que se veía al mirar hacia arriba era quizás el techo de algún lugar, todo pintado de blanco. Esto último no resultaba en absoluto molesto, por el

contrario, propiciaba un sorprendente estado de paz mental que se complementaba con la calidez del líquido circundante.

Fue en medio de estos pensamientos que el funcionario notó como la taza empezaba a batirse con tal intensidad, que era como si el látigo de Dios hubiera caído sobre el mundo entero. De repente, la tranquilidad que dominaba el lugar se reemplazó con olas de gran tamaño, que lo sacudían de un lado a otro dándole apenas tiempo de recuperar el aliento entre marejadas. Luego, una suerte de lluvia blanca comenzó a caer sobre el líquido, y fue entonces que Koh comprendió que alguien vertía azúcar en la taza caliente. En este preciso instante, supo que era el fin.

Cuando el recipiente comenzó a inclinarse no había mucho más que hacer. Los gritos del diminuto Koh no fueron suficientes para alertar al enorme ser que ahora aparecía ante sus ojos, pero lo que sucedió a continuación fue igual de extraño a los hechos precedentes. Justo cuando Koh se disponía a aceptar la fatalidad de su destino se encontró con el reflejo amplificado de su propia cara, que se disponía a beber el contenido de la taza. Por alguna razón, lo anterior tranquilizó enormemente al funcionario, que se contentó con el simple hecho de morir dentro de sí mismo y se dejó llevar por la corriente que lo zarandeaba.

El ladrón

He sido víctima de un robo atroz, lo supe desde que desperté esta mañana.

Sin pensarlo dos veces me calcé y salí en busca del jibaro. Caminé por las calles atenta a alguna mirada extraña o a una voz que me llamara de repente. Nada de eso sucedió. Entonces rompí en llanto, un llanto que me recordaba a las hojas de un árbol de otoño que caen desagradecidas sin pensar en lo desnudo que dejan a su posadero.

Supuse que mirarse al espejo sería reconfortante, pero ni siquiera quedaba suficiente de mí como para que el espejo pudiera devolverme algún panorama conocido.

La carne firme que llevaba ese espléndido vestido rojo hace apenas unos días se sentía cada vez más blanda. Desesperada, llamé a dos o tres conocidos pidiendo ayuda, pero no parecían entender que era yo quien les hablaba desde el otro lado del teléfono. Después de gritar con la poca fuerza que me quedaba, mi voz empezó a desvanecerse gradualmente hasta que no fui capaz de emitir sonido alguno. El silencio es un enemigo invencible.

Seguramente en algún lugar del mundo, el ladrón reía a carcajadas sin saber el daño que había causado. Podría incluso ser peor: quizás lo sabía y le tenía sin cuidado.

El camello que no sabía

En algún pueblo remoto, vivía hace un tiempo una manada de camellos. De toda esta manada, apenas dos eran camellos legítimos; el resto correspondía a algún otro tipo de mamífero artiodáctilo, pero esto ninguno de ellos lo sabía.

Un buen día la manada emprendió camino hacia una aldea vecina, y en el recorrido se cruzó con un hombre que viajaba por el mundo vendiendo telas. Este supo inmediatamente que apenas dos de los miembros del grupo eran camellos, y sorprendido por un vínculo de tal fortaleza entre dos tipos de animales diferentes, esperó a que uno de los camellos se apartara del grupo y le preguntó:

– ¿Cómo es que convives con animales de especie desconocida? Si no conoces su verdadero carácter, ¿acaso no les temes?

Sorprendido, el camello huyó de inmediato. Intentó responder algo, pero como los hombres y los camellos no hablan la misma lengua, el hombre solo oyó gemidos de entonaciones diversas. La manada de camellos siguió su camino, y cuando el camello que había sido interrogado pudo estar a solas con su amigo, el otro camello legítimo, le contó lo que el hombre le había dicho.

–Es cierto que siempre hemos sido distintos. Tenemos una joroba mientras que ellos tienen el lomo liso, y nuestro pelo es mucho más corto que el suyo.

Preocupados, los dos camellos legítimos se alejaron más y más de la manada, hasta que, llegada la noche, estaban solos en medio del desierto. Ninguno conocía el camino de vuelta al pueblo, así que anduvieron en línea recta durante horas. Finalmente, vislumbraron unas lucecillas que titilaban a distancia y se dirigieron hacia ellas.

Se trataba de dos farolas de llama intermitente, que alumbraban los lados de una modesta choza en la que vivía una pareja de ancianos. Los camellos llamaron a la puerta, pero como los humanos y los camellos no hablan la misma lengua, la anciana no comprendió que los camellos querían entrar en su casa. De todas formas, dispuso para ellos un balde de agua y un morro de plantas secas en la parte de atrás. Los camellos gimieron agradecidos, y la anciana entró de nuevo en la casa.

A la mañana siguiente, el anciano despertó temprano para cambiar el agua del balde. Los camellos dormían y el anciano los observó con detenimiento. Luego se acercó en silencio al camello más joven y le ofreció unos cuantos puñados de pasto mientras caminaba, así logró apartarlo de su compañero. Cuando estuvieron a una distancia considerable del camello que dormía, el anciano puso el pasto en el piso y mientras el camello comía le dijo:

– ¿Por qué te mezclas con ese camello tan poco agraciado siendo tú un ejemplar tan bello?

El camello se quedó reflexionando sobre esto. Era cierto que tenía la joroba más grande que la de su compañero, el pelo más suave y la saliva más ácida. En la manada, siempre bromeaban con que uno de ellos era bello y el otro no; todos sabían que había grandes diferencias entre los dos.

Mientras meditaba, el camello comenzó a alejarse de la choza. Pronto encontraría otra pareja de ancianos que le diera agua y plantas, y en caso de que no lo hiciera, tenía una buena reserva que le compraría tiempo.

Entre tanto, el otro camello despertó y vio que su compañero había partido. Lo buscó frenéticamente alrededor de la casa, y cuando se disponía a partir, se cruzó con el anciano. Este extendió la mano para acariciarle el lomo, y el camello accedió a manera de agradecimiento.

—Ahora eres libre, —dijo el anciano—. Te habría abandonado en cualquier momento, mejor que sucediera en casa de un amigo.

Ajuste

El botón derecho del abrigo negro del abogado Sagnier jamás había tenido una buena relación con su vecino del lado izquierdo. En las mañanas, cuando el empleado se ponía el abrigo sobre su habitual traje de paño le era imposible cerrarlo, ya fuera por una fastidiosa picazón, una leve sensación de constricción o un calor insoportable. Hace meses que Sagnier se había acostumbrado a ese estado de las cosas, aunque ignoraba que la incomodidad se debía a un conflicto arraigado en problemas que se remontaban a la fábrica de abrigos.

En las noches, cuando Sagnier abandonaba el gabán sobre la mesa de madera que años antes había pertenecido a la mejor amiga de su madre, los dos botones se amenazaban a muerte y trataban de plegar el paño sólo para encontrarse, aunque nunca lo lograban. Entre tanto, el resto de los botones no comprendía la enemistad entre sus compañeros, y se limitaba a ignorar las maldiciones que iban y venían de un lado a otro como un reloj de péndulo. Se rumoraba que la disputa tenía algo que ver con la firme

creencia del botón derecho en que su lugar estaba del lado izquierdo, aunque nadie puso nunca mucha atención a esto.

Un buen día, el botón derecho desapareció del abrigo. Como era de esperarse, los otros botones culparon inmediatamente al botón izquierdo, que, cansado de abogar a su favor, optó por emprender la búsqueda del desaparecido para comprobar su propia inocencia. Llegada la noche, los botones se desprendieron del paño y registraron toda la casa sin encontrar al botón derecho. Ya entrada la madrugada, volvieron a posarse con gracia sobre el paño negro del abrigo que seguía sobre la mesita donde lo habían dejado. El paradero del botón derecho seguía siendo un misterio.

La jornada transcurrió con normalidad: el abogado Sagnier tenía demasiadas preocupaciones como para percatarse de la ausencia de un botón en un abrigo que nunca se cerraba. No podría decirse lo mismo acerca de su joven practicante, que apenas lo vio entrar por la puerta de madera le preguntó por el botón que faltaba. Como de costumbre, el abogado Sagnier ignoró el comentario de su empleado, y se internó en su despacho dejando el abrigo en el brazo derecho del sofá de cuero que nunca usaba, pero que inexplicablemente ocupaba la mitad del recinto.

La noche volvió a llegar, y los botones restantes emprendieron nuevamente la búsqueda del botón derecho. Esta vez salieron a la calle pero tampoco obtuvieron resultados provechosos. Por el contrario, la expedición dejó varios heridos: el botón izquierdo tuvo que rodar por un callejón de piedra para evitar ser atropellado por una motocicleta, y dos botones más fueron mordisqueados hasta la inconciencia por perros callejeros.

Después de la tragedia, ninguno de los botones quiso buscar más al botón derecho. Mientras tanto, este había cumplido su sueño de ubicarse del lado izquierdo aunque fuera en el abrigo del asistente de Sagnier, quien había arrancado el botón de su

jefe en un ataque de ira. Nadie tenía que saberlo: he allí el éxito de una venganza silenciosa.

Secuencias

“My original decision to devote myself to science was a direct result of the discovery which has never ceased to fill me with enthusiasm since my early youth—the comprehension of the far from obvious fact that the laws of human reasoning coincide with the laws governing the sequences of the impressions we receive from the world about us; that, therefore, pure reasoning can enable man to gain an insight into the mechanism of the latter. In this connection, it is of paramount importance that the outside world is something independent from man, something absolute, and the quest for the laws which apply to this absolute appeared to me as the most sublime scientific pursuit in life.”

— Max Planck

Idilio: escena final

–Jamás pensé que ella fuera capaz de pedirme que fuera su amante. Tampoco pensé que yo accedería. Suena tonto, lo sé. No creo que me entienda, a veces no siento que sea usted la persona indicada para...

–No olvide que se encuentra ante un profesional. Me he preparado durante años para lidiar con temas de este tipo, no se preocupe. Sé que es difícil comenzar a hablar con un desconocido, y he preparado una serie de preguntas que me gustaría que respondiera para comenzar.

–Suena bien.

–Empecemos entonces. Según me ha contado, viene a verme por cuenta de una mujer.

–Así es. La conocí cuando éramos estudiantes en la universidad. Nunca hemos estado propiamente... juntos por así decirlo. Ella siempre tiene a alguien más, y yo también.

– Pero aun así...¿cree usted que han estado enamorados todo este tiempo?

–No creo que se trate de amor, o quizás sí. Sé que me gusta estar cerca de ella, que en algunas ocasiones la extraño y quisiera hablarle. Pero también sé que no puedo hacerlo.

– ¿A qué se refiere con que no puede? ¿Acaso estar juntos no sería la solución a todo esto?

–Sabía que me diría algo así. No entiende...La quiero y por eso me odio. Desde que supe que la quería he tratado de olvidarla pero es imposible. Cuando no sé de ella durante algún tiempo creo que finalmente estaré tranquilo, pero con cada nuevo encuentro me doy cuenta de que no es cierto.

–Entiendo...

–No, no entiende.

–¿Qué cambió entonces para que usted decidiera dejarla?

–Nada cambió. Simplemente creo que ya estamos demasiado viejos para esto. Últimamente, pienso con frecuencia en ese pobre diablo con el que se ha casado. Jamás lo he visto. Deben llevar ya unos quince o veinte años juntos, pero cuando se trata de nosotros, eso nunca ha tenido importancia.

–Y, ¿por qué no se casó usted?

–No crea que no lo pensé, pero sabía que no cambiaría las cosas. Tendríamos ahora un pobre diablo y una pobre diabla. Uno es más que suficiente.

–Usted se refiere a él como un “pobre diablo”. ¿Alguna vez ha contemplado la posibilidad de que no sea él el “pobre diablo” sino usted? Después de todo, lleva años amando a una mujer que ha escogido todas las posibilidades menos a usted. ¿Cómo puede creer entonces que ella lo ama tanto como dice?

–Tiene usted razón. No pensaría que me ama si no hubiera asistido a mi última exposición. Llevábamos ya años sin saber nada del otro, incluso me había acostumbrado a la idea de que todo había terminado. La última noche encontré un pequeño espejo frente a uno de mis cuadros y contemplé en él mi reflejo. No me reconocí en la imagen que tenía al frente: era la imagen de un hombre gordo y canoso. Cuando regresé al hotel había en la recepción un sobre para mí. Era una carta suya, decía que quería verme y

que no volvería a casa hasta dentro de dos días. No tendría por qué hacer eso si no me quisiera.

–O si no estuviera infeliz en su matrimonio... ¿cómo sabe que al igual que usted no hay muchos otros?

–Nadie la conoce como yo.

–No quisiera ser grosero, pero desde mi posición veo a una mujer egoísta y cobarde que sabe perfectamente que tiene poder absoluto sobre usted.

–Yo también lo sé. Por eso le pedí que lo dejara y se estableciera conmigo, como tanto lo habíamos soñado cuando aún éramos jóvenes e ingenuos.

–Hablemos un poco más sobre ese episodio.

–Le dije que viniera conmigo. Su respuesta fue negativa. Discutimos durante un par de horas y luego nos reconciamos. Pasamos la noche juntos y eso fue todo.

– ¿Fue en ese momento que decidió abandonarla?

–No volví a contestar sus llamadas ni sus cartas. Un día vino a verme pero no tocamos el tema. Fue una visita cordial: tomamos té en la terraza y le mostré mis últimos cuadros. Ninguno le gustó.

–¿Eso dijo?

–Sí. Notó inmediatamente que ya no eran cuadros sobre ella.

–¿Acaso lo eran todos los anteriores?

–En cierta medida, sí.

–Muy bien, seré franco con usted. Huya con todas sus fuerzas de esta mujer. No vuelva a buscarla jamás ni responda a sus llamados. Es una mala mujer, lo ha convencido de que la ama cuando en realidad lo que sucede entre ustedes no puede estar más alejado del amor.

– ¿No se supone que es usted un profesional? ¿Qué clase de consejo es este?

–Uno mucho más sensato. Se equivoca usted cuando afirma que nadie la conoce mejor. Puedo decirle con toda seguridad que este “pobre diablo” que ha convivido con ella durante dieciséis años la conoce mucho mejor que usted. Su figura siempre me ha causado curiosidad. Llevo años leyendo las cartas que vienen y van, y que llegan a mi buzón con estampillas de diferentes países pero siempre marcadas con la misma letra: la suya.

Antes de dormir

Para la mayoría de personas que conozco, recordar el instante preciso que divide el despertar y el dormir supone cierta dificultad. En mi caso, el último pensamiento que aparece antes de dormir siempre es el mismo, lo que facilita la tarea de reconstruir el proceso.

Antes de dormir, siempre me sorprende pensando en mi propio nombre, ese conjunto aleatorio de siete letras elegidas por mis padres que a la larga nada tiene que ver conmigo. De haber tenido la oportunidad, probablemente hubiera escogido otro. Al menos eso creo.

Incluso mayor a la intranquilidad que me genera la relación que se ha creado entre mi persona y mi nombre, es el pavor que me invade cuando pienso en escribirlo. Es por eso que desde hace años no escribo nada. Me conformo con leer y evito así el riesgo de caer en alguna trampa del inconsciente que me lleve a garabatearlo por accidente. Es curioso como la identidad entera puede reducirse a esa mancha de tinta negra de formas irregulares. Aparentemente, existe incluso una ciencia que se encarga de estudiar los trazos de la gente.

¿Quién habrá sido el cruel inventor de todo esto? Quisiera encontrarlo junto con aquella gota de tinta malintencionada que se atravesó en su camino, gracias a la que todos estamos condenados.

Observar

Por la ventana

Un hombre de estatura mediana camina por el parque junto a un niño pequeño. Mientras el hombre contempla el paisaje, su joven acompañante juega con los perros ajenos: parece que se divierte. Me gustaría pensar que se trata de padre e hijo, siempre me agrada pensar en que, aún hoy en día, los hijos quieren salir a dar vueltas por el parque con sus padres en vez de pasarse la vida frente a una pantalla que proyecta caricaturas surreales.

El hijo se detiene frente a un perro blanco y minúsculo al que largas capas de pelo le cubren los ojos. Lo señala y ríe, el dueño le responde con una sonrisa. Mientras tanto, el padre dirige la mirada hacia una joven de tez morena que toma el sol sobre una tela de cuadros al otro lado del parque. Quizás le recuerda a alguna conocida.

Puertas adentro

Dos mujeres extrañas viven en el apartamento de al lado. Una es morena y la otra blanca, una es delgada y la otra un poco más gorda. Las he oído discutir en varias ocasiones, más que todo en las mañanas. Algunas veces se gritan porque quien merca no compra la marca adecuada de jabón, que tampoco es adecuada cuando lo hace la otra. Normalmente esta discusión se extiende durante horas hasta que algún vecino decide llamar a su puerta con la excusa de que despertarán a alguien que duerme, cuando lo que en realidad querría decir que les ordena que se callen para siempre. No creo que esas mujeres se entiendan muy bien, ni logro comprender por qué se empeñan en vivir juntas.

De vez en cuando nos encontramos en el pasillo y entonces las saludo. Ambas me responden de manera amistosa, pero en el fondo me miran con profundo odio.

Desde el balcón

Desde aquí arriba, todos parecen pequeñas bolitas de barro pintadas de colores.

A través del pequeño hoyuelo del piso

Toneladas de concreto, tubos plásticos y varas metálicas me separan de los otros residentes del edificio, pero hay uno que todos estos materiales han fallado en alejar de mí. Se trata del vecino del piso de abajo, el viejo Euclides.

En las noches al llegar del trabajo o justo antes de ir a la cama, no aguanto la tentación de desplazar el tapete azul que cubre gran parte de la superficie de la sala y empujar la cabeza contra el piso con el ojo derecho sobre el agujero. A decir verdad, nunca he sido testigo de ningún hecho particularmente maravilloso, pero me complace saber que observo a alguien sin que lo sepa. Me complace porque implica que el observado actúa como se lo dicta su naturaleza más genuina, despojado de la armadura que seguramente viste cada vez que atraviesa la puerta.

Debajo de la cama

El debate sobre la verdadera naturaleza de lo que vive debajo de las camas se ha mantenido abierto por mucho tiempo, y al igual que algunos, pienso que ese espacio ha sido invadido por seres malévolos. Para comprobarlo, me he sometido incontables veces a la incomodidad de dormir sobre las baldosas heladas con apenas una sábana, y la nariz a punto de rozarse con las tablas de madera. He documentado con minucia cada etapa del experimento, aunque al releer mis registros compruebo que se trata de una repetición infinita de la misma escena: nunca sucede nada.

Esta noche será diferente, lo digo porque he descubierto una falla abismal en mi metodología. Lo que sea que se haya instalado bajo mi cama se esconderá en otro lugar si ocupo su espacio. No basta entonces con vigilar el piso, sino que también debo monitorear el resto del cuarto para encontrar el lugar en el que se refugia.

He instalado un sistema infranqueable de cámaras de video. Mañana en la mañana, apenas revise las cintas, el mito será revelado.

Corinto

En 1978 me fue asignado asesinar a Victor Mann, mi único amigo. Debí prever algo similar cuando decidí unirme al partido diez años antes, sin embargo era joven y la lucha por los ideales de justicia e igualdad fue suficiente para seducirme por completo.

El atentado estaba previsto para principios de agosto, mes en el que Mann tendría que dar un discurso en la inauguración de la Biblioteca Nacional. Los detalles me serían revelados en su debido momento.

El 17 de agosto recibí un paquete con instrucciones precisas. De acuerdo con el plan, me dirigí a la plaza Mayor con una granada en el bolsillo derecho del chaleco gris que me fue asignado como vestimenta para el día. Tenía la mente dispersa, las manos sudorosas. Esperé a que comenzara el discurso como se me había ordenado. Luego, cuando llegó el momento de entrar en acción tomé la granada con la mano derecha, pero un impulso inexplicable me llevó a arrojarla en el sentido contrario a Mann. Es decir, en dirección al público. Más valía mi único amigo que miles de desconocidos.

En medio de la conmoción, corrí hacia Mann y lo tomé del brazo. Ambos estábamos cubiertos de lágrimas. No tuve tiempo de explicarle nada mientras huíamos, y antes de que pudiéramos despedirnos fuimos detenidos por unos camaradas del partido.

–Sabía que no tenías las agallas –le oí decir a uno.

Nos condujeron a un oscuro sótano donde nos golpearon hasta la inconciencia. Supe entonces que mi falla sería penalizada.

No podría decir cuánto tiempo pasó, pero abrí los ojos para encontrarme con una habitación de paredes blancas. Todo lo que me rodeaba era insoportablemente blanco: las sillas, las mesas, el piso, hasta mi propio vestido. Antes de que tuviera tiempo de buscar a mi amigo con la mirada, la puerta se abrió dando paso a una mujer de unos cuarenta o cuarenta y cinco años cuyo vestido era igualmente blanco, pero nunca tan blanco como el mío.

–Buenos días –dijo–. Nos hemos encargado de su amigo ya que no tuvo usted la convicción suficiente para hacerlo. Ha incurrido en una falta irremediable.

De repente, mi único amigo Victor Mann entró por la puerta vestido de rojo y con un arma en la mano.

–Así es querido amigo –dijo–. Simpatizamos por el partido en los días de antaño y ahora es él mismo el que nos separa.

Sin decir más disparó el arma. Ensordecido por la detonación, vi como mi vestido impecablemente blanco fue tiñéndose de rojo.

Concurrencias

El 3 de agosto de 1932 a las 8:53 a.m., murió en Rio de Janeiro Gonçalo Mendes, famoso periodista brasileño que escribió sobre los aspectos fundamentales en la revolución de Minas Gerais, conflicto que resultaría en el derrocamiento del líder paulista Washington Luis. “Es una pérdida incalculable para las letras del país”, se leía en un artículo de prensa”. “El pueblo jamás encontrará un corresponsal igual de comprometido”, se aseguraba en otro. Ese mismo día, a las 8:53 a.m. falleció en Moscú Vladimir Raskovski, segundo hijo de Igor Raskovski, cabecilla del grupo revolucionario de los Delfines Negros. De acuerdo con los documentos encontrados décadas después, los Delfines Negros combatieron la intensa represión política que dominó los primeros

años de la nueva URSS, aunque nunca obtuvieron resultados contundentes. También a las 8:53, se reportó en Nueva York la desaparición del cantante puertorriqueño Sandro Westerton, quien según el informe oficial festejaba en compañía de otras celebridades locales cuando de repente no volvió del baño.

Las especulaciones comenzaron a apoderarse del mundo entero. ¿Acaso qué tenían en común estos tres hombres? En los meses que siguieron se rodó todo tipo de documentales al respecto. Cada uno desarrollaba una hipótesis más inverosímil que el anterior, pero lo cierto es que todos fueron igualmente bien recibidos por la audiencia y hasta por la misma crítica. En el campo de las letras el incidente dio pie a que se escribiera cualquier cantidad de libros, que en su mayoría discurrían acerca de las posibles conspiraciones de los gobiernos y sus incontables planes secretos. Uno de ellos incluso desarrollaba la hipótesis hollywoodense de que Raskovski, Westerton y Mendes eran el mismo hombre, y que había mantenido a los tres países engañados durante quién sabe cuánto tiempo. Las agencias de viajes comenzaron a vender paquetes turísticos que hacían el recorrido desde Río hasta Nueva York para terminar en Moscú; no quedó un solo cupo libre.

Mientras tanto, yo disfrutaba el espectáculo desde aquí arriba. Pensaba en lo pequeños que son los hombres, y en cómo creen que tengo una justificación secreta para todo. Juran que cumplido su tiempo en la tierra les daré la oportunidad de acompañarme —como si fuera poco, eternamente— y que toda su imperfección les será perdonada. Creen además que con sus limitadas capacidades llegarán a entenderme; están convencidos de que el diablo es uno y yo otro. Lo cierto es que somos el mismo, simplemente que algunos días me siento más aburrido que otros. Eso fue exactamente eso lo que sucedió el 3 de agosto de 1932, el mismo día en que tres familias completamente desconocidas reconocieron algún cambio repentino en uno de sus

miembros. Por supuesto que esta segunda coincidencia no sería reportada por los diarios ni estudiada por los científicos.

El primer afortunado fue Carlos Ponce, hasta ese día cocinero oficial del palacio presidencial en Managua. Cuentan sus hijos que el padre, quien durante toda la vida había condenado el son cubano por su supuesto contenido erótico y vulgar, abandonó su trabajo sin previo aviso para dedicarse a la composición de las canciones más eróticas, sugestivas y vulgares que hasta hoy se conocen en el mundo de la música. El segundo en fila fue Rogelio Ferroni, filósofo italiano íntimamente vinculado al movimiento fascista que, sin razón aparente, se alejó de todas sus preocupaciones y dedicó el resto de sus días a buscar una manera de resolver el descontento del pueblo brasileño. El tercero de la lista fue Hiroto Aizawa, recogedor de basuras en Tokio que despertó un día con un conocimiento tan profundo de la lengua rusa, que se dedicó de lleno a la traducción y a la enseñanza universitaria.

Lo que pasó con Ponce, Ferroni y Aizawa ni siquiera yo podría saberlo, debí ponerlos en algún otro lugar. Aun así esos hombres siguen creyendo que lo sé todo, cuando en realidad, a propósito de ciertos asuntos, sé apenas lo mismo que ellos.

Obra cerrada

Lo planeas durante días. Escribes borradores y más borradores, podrías borrar el mundo entero si quisieras y dejarlo allí solo, abandonado entre los residuos de miga de pan. De repente te das cuenta de que no es suficiente, nunca será suficiente. No es suficientemente osado, ni dicente, ni distinto. Es entonces cuando empiezas de nuevo. Has talado ya todos los árboles del bosque y nada que llega, no estás conforme. Te pierdes entre las letras y resultas parado en el ombligo de un universo que jamás creíste tuyo. Ahora lo compruebas. No es tuyo, es de todos los otros que te trajeron hasta aquí.

Respiras profundo y evocas sus retratos en blanco y negro. Todos ellos lo hicieron antes que tú y en el fondo son la razón de que no puedas ya hacerlo solo. Quisieras tomar distancia, librarte de ellos y proclamarte majestad perpetua en medio de los cuerpos que flotan. Cómo quisieras hacerlo. Las caras que antes te animaban ahora te persiguen, y las resmas que se tendían sobre la mesa del escritorio ocupan ahora toda la sala: las sillas, la cama y gran parte del piso están cubiertas de aquello que confirma la existencia del enemigo. Te tomas días enteros en idear la manera de combatirlo.

Comienzas de nuevo, ya es hora. Esta vez no borras una sola letra. Así funciona tu método alternativo. Nuevas resmas se han tomado la cocina y el baño pero ya no te importa. Lo que pase por fuera del papel en el que escribes te tiene sin cuidado. Te has convertido en un ermitaño, es el precio a pagar y te parece razonable.

Acabas con la reserva de papel de la casa, luego de la tienda y finalmente de la ciudad. Todavía tienes tanto que decir que comienzas a garabatear sobre las paredes, las ventanas, los techos. Si hubiera lugar para seguir escribiendo en el piso lo harías, pero es imposible. Tras agotar los espacios libres decides apoderarte de los que ya están ocupados: es todo un acto revolucionario. Escribes tu historia sobre las páginas impresas que contienen la obra de tus grandes maestros. Se trata de una competencia: con tus trazos buscas opacar los suyos, los profanas. Usas tinta roja para sobreponerte a sus letras negras. Escribes con fuerza, como si quisieras traspasar las páginas con cada línea. Pronto agotas también este espacio.

Por primera vez desde que empezaste te tomas un momento para contemplar tu obra. Es más amplia de lo que imaginabas. Jamás podrás releerla toda. Serías incapaz incluso de recordarla con detalle, pero eso ya no es un problema: ella te ha trascendido. Ya no te necesita, ni siquiera te pertenece. Te ha usado, y ahora que ha logrado escapar sabes que tu trabajo ha terminado. Y es que el suyo apenas empieza. Está lista, sí, pero

solo cobrará validez en los ojos de algún lector desprevenido que se deje envolver por sus encantos. Reflexionas un poco. ¿Acaso no es eso mismo lo que te ha sucedido con la producción de aquellos hombres, de quienes la única imagen que tienes es esa serie de retratos en blanco y negro? Te entenece pensar que podrías ser uno de ellos, por lo menos en potencia. Buscas la cámara fotográfica y te sacas un autorretrato apresurado. Así esperas que te recuerde el lector a quien imaginas. Podría tratarse de uno tipo desaliñado que encuentre tu libro en el canasto de la basura y que lo lea por mera curiosidad, o de una bella dama de manos blancas y delicadas que pase las páginas con la suavidad del viento que franquea la seda de su falda.

Idilio: escena segunda

–“Te conozco, te conozco”. Claro que me conoces, qué desgracia. Me conoces tan bien que sabes que odio que lo repitas y aún lo haces.

–Deja de molestarte por pequeñeces. Supongo que tienes algo más importante que decirme si viniste hasta aquí solo para verme.

–Vine a decirte que quiero que te vayas. Quiero que te vayas de mi vida y no regreses nunca, así sea yo mismo quien te pida que lo hagas.

– ¿De qué carajos estás hablando? Sabes bien que no puedo dejarte.

–No me importa lo que pienses. Te has apropiado de todo lo que era mío y lo quiero de vuelta. Es como si la vida entera me hubiera dado la espalda con cara de derrota. Como si después de ti no hubiera nada y yo tuviera que sufrir el castigo eterno de saberlo y seguir viviendo.

–Es que no hay nada, y nada es suficiente. Por eso busco cristalizar momentos como este y guardarlos en algún cajoncito recóndito. No sabes lo presente que estás allí adentro. ¿Recuerdas aquel día nublado, cuando mirábamos la lluvia caer en silencio

desde la ventana? ...

–No precisamente, y eso es lo que pasa. Me has reducido a una serie de componentes sin ninguna cohesión interna. Ya no encuentro el sentido, mi sentido. Y es que te lo has llevado.

– ¿A qué te refieres? Si algo he hecho es ayudarte a encontrar el sentido. Antes de conocerme eras un caos, un caos.

– ¿Alguna vez te he hablado sobre el día en que nos conocimos?

–Supongo que quieres hacerlo ahora.

–Cuando te conocí te odié de inmediato, quizás porque en el fondo presentía lo importante que serías. Y cómo odio lo importante. Traté de alejarte con todas mis fuerzas pero fue inútil. Te difundiste como una minúscula gota de tinta en una copa de agua. Al principio fue muy lento, pero luego tu presencia se convirtió en invasora. Cada día me siento más perdido y entonces te temo. Te temo como un pobre peón de primera fila, que sabe de antemano que la batalla está perdida.

– ¿Cómo es eso de que me temes? ¿Acaso ignoras lo mucho que te quiero?

–No tengo por qué darte más explicaciones. Finalmente he aceptado que las cosas entre nosotros no van a cambiar.

–Ya hemos hablado de esto, y sabes que es ridículo. Volverás gateando como un perro callejero, pero no te preocupes, aquí estaré para consolarte.

–Bruja desgraciada.

–Qué inestable eres.

–Manip...

–Pareces un niño.

–Deja de emascularme. Te odio. Odio que completes mis frases y que creas saber todo lo que pienso.

-¿Acaso no lo sé? No me equivoco muy a menudo.

(Gritos ininteligibles)

Se fundieron entonces en un profundo abrazo que les recordaba a los primeros días. Las fichas volvieron a su sitio, y antes de saberlo, el tablero estaba dispuesto para un nuevo comienzo. Toda evidencia del caos había desaparecido, y los cuadros negros y blancos resplandecían a la espera de la primera movida.

Alusiones

“All sorts of personal aims, hopes, ends, prospects, hover before the eyes of the individual, and out of these he derives the impulse to ambition and achievement. Now, if the life about him, if his own time seems, however outwardly stimulating, to be at bottom empty of such food for his aspirations; if he privately recognises it to be hopeless, viewless, helpless, opposing only a hollow silence to all the questions man puts, consciously or unconsciously, yet somehow puts, as to the final, absolute, and abstract meaning in all his efforts and activities; then, in such a case, a certain laming of the personality is bound to occur, the more inevitably the more upright the character in question; a sort of palsy, as it were, which may extend from his spiritual and moral over into his physical and organic part. In an age that affords no satisfying answer to the eternal question of 'Why?' 'To what end?' a man who is capable of achievement over and above the expected modicum must be equipped either with a moral remoteness and single-mindedness which is rare indeed and of heroic mould, or else with an exceptionally robust vitality.”

Thomas Mann, The Magic Mountain.

Cita a ciegas

Sigo sin entender por qué todo el mundo está empeñado en juntarnos. Jamás lo lograrán. No nos juntamos porque no nos queremos, ni nos atraemos, ni nos gustamos. Ella cree que soy demasiado liso, yo creo que es demasiado insípida. Es tan genérica que podría encontrarla en cualquier lugar. Todos la conocen, incluso la han probado. Esa es la razón principal por la que me resisto a ceder ante ella: no soy uno más.

Piensan que con ponernos en el mismo espacio, encerrados en una jaula como un par de animales, el resto sucederá por sí mismo. No es así. Gracias a la terquedad de la gente hemos estado juntos millones de veces en todo tipo de escenarios, pero nada pasa. Un día hace ya mucho tiempo decidí darle una oportunidad. Después de todo, habíamos pasado por incontables repeticiones del mismo episodio. Esta vez fue un ama de casa cualquiera quien, completamente en contra de nuestros deseos, nos encerró en un recoveco de su casa para que probáramos suerte. La única luz del recinto era una vela cuya llamita ardía levemente, casi como a fuego lento.

–Otra vez aquí –le dije con indiferencia.

–Así es –respondió desinteresada.

La conversación no avanzó mucho desde ese punto; simplemente confirmé lo que siempre he pensado de ella. Es inexpresiva, fría, desganada. No esconde nada interesante, no hay nada en ella que valga la pena. Además, se nota que le repugno. No entiendo cómo es posible que, según la teoría, seamos la mezcla perfecta si es que nunca nos hemos mezclado.

Fue la única vez que hice un esfuerzo por ser cordial. Nunca volví ni volveré a mirarla, mucho menos a dirigirle la palabra. Aun así, una voluntad casi colectiva insiste en fusionarnos, y no existe una sola cocina en la que no se haga el intento constante de extraer un nuevo elemento a partir de nuestros dos cuerpos indefensos.

Ella tampoco hace ademán de estar interesada en mí. Ya ni siquiera recuerdo el tono de su voz, pero sí las palabras que pronunció la última vez que la oí hablar. Yacíamos junto al fuego lento de una vela como de costumbre, cuando dijo suavemente: –Ya casi acaba todo. Cómo arde, cómo arde.

Nota de prensa

Lo poco que sabemos acerca de la tercera reunión de la Confederación Interplanetaria (C.I) es lo narrado por nuestro representante en el consejo, el señor Augusto Bianchi Castello, llamado A.B.C de ahora en adelante. Cuenta el ilustre comisionado que la reunión giró en torno a la experiencia de un ser extraterrestre en nuestro planeta, que proclamó en la conferencia un discurso similar al siguiente:

“Señores,

Después de estudiar la raza humana durante algún tiempo he llegado a una serie de conclusiones que creo pertinente transmitir aquí: los hombres son frívolos e inconstantes. Son muy pocos quienes ven alguna oportunidad de trascender, de escapar por lo menos momentáneamente a esa naturaleza impulsiva y tonta que es en el fondo la única responsable de todas sus desdichas. El resto de ellos actúan sin pensar en las consecuencias y luego se refugian en una impulsividad que creen innata. Tienen como regla trasgredir las reglas, e interpretan la culpa como un detalle pasajero. Todo esto tendría más sentido si al menos tuvieran la valentía de vivir de acuerdo con sus más profundos deseos, pero ni siquiera es el caso. La mayoría de ellos no viven a gusto, no porque no haya en su mundo nada que pueda procurarles el estado anímico que anhelan,

sino porque le temen profundamente a la consumación de sus deseos. ¿De qué les sirve entonces andar acompañados por ese sendero incierto al que llaman vida?

El cambio parecería ser la más horrorosa representación de sus temores. Este concepto, que se han encargado de personificar gracias a lo imaginativos que son, los persigue en sueños y divagaciones. Pasan la mayor parte de su ciclo pensando en lo que pudo haber sido en lugar de hacerlo, quizás porque se sienten incapaces de manejar el tiempo que tan generosamente se les ha concedido. Pobrecillos.

Eso no es todo. Recordarán que los estudios previos a mi visita aseguran que la importancia de esta especie infravalorada radica en su intenso carácter emocional: les aseguro que se trata de un engaño. Si bien es cierto que los humanos actúan siempre en función de la emoción, me atrevería a decir que esto es una debilidad más que otra cosa. El curso de su historia los ha llevado a institucionalizar interacciones como el amor y la amistad: la primera se refiere al afecto desinteresado entre dos especímenes, y la segunda a una ligazón con finalidades específicas. Es un desastre. Cobijados por estas definiciones, los hombres se mienten y se lastiman, muchas veces llegando incluso hasta el exterminio de uno de los bandos. Como si fuera poco, han ideado dos tipos de exterminio. El primero, bien conocido, sucede con la desaparición física del espécimen, pero el segundo, que es mucho más fuerte, radica en una tortura emocional que, según mis investigaciones, resulta incluso peor. Como dije antes, es un desastre.”

Cuenta el comisionado A.B.C que todos en la sala quedaron sorprendidos ante tan despectiva exposición de una raza que desconocían, más allá de haberle visto a él una o dos veces. Silencio. De repente los bombillos rojos del banco de preguntas empezaron a encenderse: las inquietudes eran de todo tipo.

– ¿Qué hacer entonces con una raza tan inferior y tan reacia a su propio mejoramiento? Murmuró alguien desde el fondo en una lengua desconocida, mientras las pantallas individuales transmitían el mensaje a cada uno de los representantes.

– ¿No sería más conveniente contemplar la posibilidad de exterminarlos y crear una raza nueva, que no estuviera en tanta desventaja con el resto de nosotros?

Nadie se atrevió a responder a estas preguntas, aunque el veredicto de la mayoría de los delegados era irrefutable. Mientras tanto, A.B.C mantuvo la mirada fija en el suelo. Las lágrimas humedecieron su casco, situación que sin importar la pesadez del ambiente, le causó gracia al resto de los representantes.

El extraviado

El proceso de búsqueda se extendió durante varias horas antes de terminar en el esperado reencuentro. Desde la estantería de arriba pude identificar varias etapas: a la desesperación inicial le siguió una serie de rabietas que desembocó en un llanto incontenible, gritos por el teléfono y algunos platos rotos.

Entre tanto, sólo quería decirle encuéntrate hermano, encuéntrate que te has extraviado entre el tráfico y los papeles y todas esas preocupaciones que ni siquiera son tuyas. Encuéntrate que te queda poco tiempo, y no quieres perderlo en estar perdido. Encuéntrate en vez de canalizar tu rabia hacia un par de figuras metálicas que nada tienen que ver con lo que en realidad te inquieta.

Fue inútil. El hombre no se encontraba y seguía declamando en mi contra como si fuera yo quien le jugara una mala pasada. Se había perdido aunque asumiera que era yo quien lo había hecho, y no había nada que pudiera hacer para disuadirlo.

Convenio

Le diría que no me pregunte por qué todos están convencidos de que soy aquel actor que ni conozco, pero es que no me lo está preguntando. De todas maneras, quiero decírselo y por eso lo hago: porque quiero decírselo y creo que debe saberlo. Seguro se preguntará cómo se yo que es específicamente usted quien debe tener esta información y no otro, a lo que solo puedo responderle que le he estado observando y le he elegido entre millones de personas. Investigarle no fue tarea fácil, he de confesárselo. Tuve que seguirle durante días por las calles de la ciudad lluviosa, incluso pesqué un resfriado. Sin embargo nada de esto tiene importancia, lo importante es que he comprobado que es usted a quien busco y que ahora lo sabe.

Tendré que empezar por contarle todo sobre mí ya que no me ha estudiado como yo a usted, y por ende me encuentro hasta ahora en una posición de superioridad que no es en absoluto intencional. Tomo el café negro como el carbón, jamás leo el periódico y prefiero una mujer delgada a cualquier otra. Aborrezco el licor en todas sus presentaciones: en mi opinión, nubla los sentidos hasta el punto en que separa al hombre de sus actos. Alguna vez, cuando era aún muy joven me dejé llevar por las tentaciones de nuestro engañoso amigo y resulté inmerso en la más penosa situación. Atesoro hasta hoy el recuerdo de aquel día, ya que me mantiene firme en el camino que la experiencia me ha demostrado que es el correcto.

Creo que he divagado más de lo necesario alrededor de asuntos irrelevantes. Entremos pues, en la materia que nos concierne.

La historia de mi calumniador comenzó a mis veinte años, cuando pasé de ser un chico impopular a un joven admirado por todos: las chicas querían salir conmigo, los chicos, ser mis amigos. (En ese momento no comprendí muy bien la razón de mi ascenso repentino en el ámbito social, pero tampoco me preocupé mucho por hacerlo). Empezaron a referirse a mí como “el chico de las películas” aunque no era para nada

amante del cine, de hecho lo encontraba extremadamente aburrido y lo evitaba a toda costa. Nunca sospeché mayor cosa de un apodo indefenso, después de todo, pensaba, quizás era la manera óptima de referirse a un muchacho guapo como yo.

Un buen día decidí ir al cine con una de las muchas chicas que frecuentaba, e imaginará usted mi sorpresa cuando de repente, el protagonista de la película no era otro distinto de mí mismo. Al principio pensé que se trataba de un simple parecido, pero las averiguaciones que hice acerca de mi rival me llevaron a descubrir que se hacía llamar de la misma forma que yo, y que incluso decía vivir en la misma dirección. Desde ese momento me obsesioné con el asunto. Rápidamente pasé de ser el chico prodigio a un loco en potencia. Mientras la fama del desgraciado aumentaba exponencialmente, yo iba perdiendo cada vez más las riendas de mi vida. Abandoné mi ciudad natal. Decidí ausentarme durante un tiempo confiando plenamente en que a mi regreso todo estaría solucionado, pero no fue así. Veintidós años no han sido suficientes.

Supongo que ya entenderá las razones por las que lo he seleccionado. Sé perfectamente que no se ha liberado de los vicios que en otras épocas resultaron en una breve estadía en la prisión del distrito. Conozco bien la historia y no le juzgo por su conducta, quizás yo hubiera hecho lo mismo en caso de tener que lidiar todo el día con el escandaloso perro de la vieja, o con los hermanos que discutían en el piso de arriba hasta entrada la madrugada. No me atrevería a referirme a usted como un criminal, pero he visto la expresión con la que observa a los peatones desprevenidos. Es como si esperara alguna señal divina para volver a incurrir en el acto que la mitad dominante de su personalidad dividida le ha arrebatado. Tiene usted mucha suerte amigo, esa señal ha llegado.

La caja que acompaña esta cinta contiene todos los elementos necesarios para que se encargue de mi enemigo. No creí necesario adjuntar un manual de instrucciones,

cuenta usted con un entrenamiento previo que le permitirá saber cómo dar buen uso a cada uno de los elementos del pequeño dispensario que le envió. Naturalmente será recompensado por sus servicios, y no debe preocuparse por contactarme cuando haya cumplido con su parte del trato. Recuerde que le observo con detenimiento desde hace un tiempo, así que no tendré problema en encontrarlo una segunda vez de la misma forma en que lo he hecho esta primera.

No está de más advertirle que nuestro pequeño secreto debe mantenerse justo como eso, de lo contrario me veré obligado a tomar medidas extremas con cuya descripción ni siquiera pienso importunarlo ahora.

Reminiscencia

–Tendrías tres o cuatro años cuando te dije por primera vez que el mundo entero era tuyo. Poco tiempo después recibí una llamada de tu maestra: llegaste al jardín con algunas joyas de tu madre. Cuando te preguntó si tenías permiso de llevarlas le respondiste que sí, porque tu padre decía que eras la dueña del mundo entero. ¿Lo recuerdas?

–Claro que lo recuerdo. Y también te recuerdo que es enteramente tu culpa, y que proclamar dueña del mundo a una niña de tres años no es exactamente la idea más brillante.

–No creo tampoco que haya sido la menos brillante.

Este simple diálogo se reproducía en mi sueño de manera infinita. Ahora más que nunca me torturo evocando todos esos días perdidos, que se esfumaron mientras que el resto de la vida se edificaba triunfante sobre sus vestigios. Me repito incesantemente que esto no puede ser posible. Que el hombre enfermizo que ocupa la

cama del frente no es más que un intruso que pretende engañarme, uno de esos entrometidos que buscan tomar el lugar de otro sin razón aparente.

Quisiera zarandearlo con fuerza hasta que confesara en qué lugar ha escondido a aquel que me proclamó dueña del mundo. Pedirle de vuelta cada segundo que me ha alejado del padre que recuerdo. Decirle que es un villano cruel, y que de ninguna manera accederé a perdonarlo. Exigirle que se quite la máscara de una buena vez.

La cita

En un lóbrego café de La Paz, dos siluetas se distinguían entre la niebla espesa.

–Dime que lo has exterminado –dijo la primera con voz intransigente mientras bebía de una tacita gris.

–No me ha sido posible. Mis hombres lo buscaron por toda la ciudad, pero desapareció sin dejar rastro. Necesito un par de horas más, no me quedan muchos lugares por registrar.

El hombre vació su copa de un solo trago atento a la respuesta de su acompañante. Pero no hubo respuesta. Pasó un minuto y luego dos, hasta que finalmente, el primer hombre recogió su sombrero de la silla contigua y se levantó de la mesa mientras decía:

–Tienes 24 horas.

Fue así como se separaron las dos siluetas que se distinguían entre la niebla espesa que ahogaba el pequeño café Heredia, en la ciudad de La Paz.

La despedida

“Las leyes de la fascinación producen esquemas geométricos rígidos.”

René Girard.

Desde que era muy joven, el Pintor confiaba plenamente en su talento y sabía que el futuro le deparaba grandes triunfos. Dedicó incontables horas al perfeccionamiento de su técnica, y eventualmente la predicción terminó por cumplirse. Ahora sus colegas le admiraban, los jóvenes le llamaban maestro. En el fondo, era un hombre ensimismado cuyas decisiones siempre se habían basado en un razonamiento frío y bastante calculador.

Con el paso de los años, nuestro personaje dedicaba cada vez más tiempo a la nostálgica actividad de revivir épocas pasadas. El recorrido comenzaba con vistazos hacia aquellos días en que era tan sólo un estudiante, cuando la vida se presentaba como un sinfín de posibilidades en el que todo podía esperar. Luego, las imágenes se volvían más nítidas y era como si una suerte de lupa se posara sobre tal o cual persona.

Con más frecuencia de la que le gustaría aceptar se sorprendía pensando en Ella, así ya no lograra recordar con exactitud la última vez que la había visto. Habían pasado años forjándose uno en el otro, imponiéndose, reflejándose mutuamente sin saber lo extraordinario que era un encuentro de ese tipo en un mundo tan propicio para las confluencias intrascendentes. Con qué frecuencia incurrimos en el ingenuo error de subestimar todo.

Una noche, el Pintor no lograba conciliar el sueño y Ella volvió a aparecer. Esta vez reían apaciblemente mientras caminaban por una calle cualquiera en un día soleado: eran apenas unos muchachos. ¡Cuánto deseaba verla de repente en alguna de sus exposiciones! Cada vez construía en su mente todos los escenarios posibles: se saludarían de manera eufórica, se mirarían con insondable nostalgia o quizás simplemente gesticularían con la cabeza desde la distancia. Como fuera, esta vez estaba profundamente convencido de que Ella vendría, claro que lo haría.

El día de la inauguración la ciudad de Kassel rebosaba de rostros fascinados. La exposición, que duraría cien días, ocupaba tanto edificios como espacios públicos y parecía que la villa entera hubiera sido construida como excusa para alojar el arte más influyente de su tiempo. Durante semanas, el Pintor buscó un único rostro entre la multitud de espectadores sin obtener resultado alguno. Quizás no había logrado reconocerla, era posible que la belleza de otros tiempos se escondiera ahora detrás de un par de ojeras cansadas. Así pasaron los días, y poco a poco los visitantes abandonaron el lugar.

La última noche, el Pintor se dispuso a recorrer aquella sala del *Museum Fridericianum* en cuyas blancas paredes colgaban, uno junto al otro, los tres cuadros con los que había dado la vuelta al mundo. Observó el conjunto desde varios ángulos y finalmente se detuvo frente a una pieza por la cual sentía un afecto particular. Se trataba de un cuadro al óleo, cuyo marco de madera se extendía magistralmente desde el piso hasta el techo amenazando incluso con excederlo. La escena representada era una batalla campal entre los colores verde y amarillo, que se abrasaban para soltarse inmediatamente y luego volvían a encontrarse metros después. Primero lo examinó de cerca, y luego comenzó a dar pequeños pasos hacia atrás hasta toparse con un pequeño espejo de forma circular que yacía en el piso con toda ligereza. Lo más probable era que alguna mujer lo hubiera perdido en un descuido. Como resultado de su curiosidad innata, el Pintor lo recogió del suelo y contempló en él su reflejo, cuyo telón de fondo era el cuadro descrito que ahora se erguía a sus espaldas.

Sólo entonces comprendió que Ella había estado allí todo el tiempo, escondida entre trazos y pinceladas, perpetuándose en el espacio imperceptible que separa el lienzo de la pintura. Preso de una profunda tristeza se dio la vuelta y cerró los ojos por

un momento, evocando el más vívido recuerdo del pequeño espejo que Ella le había ofrecido como regalo alguna vez.

Recordó también el dibujo que le dio de vuelta y se preguntó si aún lo conservaría. En ese mismo instante, Ella buscaba entre su cartera la pequeña llave dorada de una habitación de hotel. Parecía haberla perdido, junto con su pequeño espejo circular.

Idilio: Escena primera

–Definitivamente creo que lo que más me agrada de nuestra relación es hablar contigo. Sí, hablar contigo.

–Solo lo dices porque a pesar de que no sea correcto hacemos todo lo demás.

–Es posible. Pero lo digo también porque no me es fácil encontrar con quien hablar, al menos no así.

–Qué conveniente ¡Ja, ja!

–Me cuesta trabajo pensar en ello. Siento que no estaríamos completos sin esto, que quizás no hubiéramos accedido a ciertas ideas de no haber sido por un encuentro fortuito.

–Ya había pensado en eso. Si no te hubiera encontrado, tampoco contemplaría la posibilidad de proyectarme en otra persona. Probablemente estaría más tranquilo que ahora, y frente a ciertos temas, viviría en la comodidad de la ignorancia.

–Entiendo: si sabes lo que buscas, ya no tienes necesidad de hacerlo. Pero si lo ignoras, te será imposible buscarlo, mucho más encontrarlo. No eres el primero en llegar a esta paradoja.

–Así es. En ese sentido, el anhelo de lo desconocido es terco e infantil. Normalmente, cuando se encuentra aquello que se buscaba por simple obstinación, la

emoción dura poco. Y ahí aparecen los problemas: “esto no es lo que parece”, “nadie me advirtió que sería tan difícil”... ridiculeces de ese estilo.

–Pareces convencido. Si te conociera menos, incluso te creería. Pero al igual que todos, aspiras a los ideales impuestos así te empeñes en negarlo. La insistencia con la que siempre buscas diferenciarte del resto me causa gracia. Deberías tener una respuesta mejor que esa.

(Risas de ambos)

– ¿Crees entonces que soy como todos los demás? Eso no sería nada coherente con tu predilección por mí.

–Predilección, qué juicio tan tajante. Es cierto, te prefiero a muchos otros. Aunque si seguimos tu línea de pensamiento, solo te prefiero porque eres lo único que conozco.

–Y porque estás conforme sabiéndolo.

–Te das demasiado crédito.

– ¿No debería?

–Claro que deberías.

–Creo que eres la única adulta que conozco que imita el flujo de las olas con la mano desde la ventana de un carro en movimiento. Por eso es que te quiero.

–Nadie dijo que ser adulto implicaba dejar de hacer ese tipo de cosas ¿Me querrías aún si no lo hiciera?

–Es probable que no. No te querría tanto si no caminaras siempre como una extraña por la ciudad en la que creciste.

–Subestimas mis estrategias de seducción.

–Y tú mi capacidad de descifrarlas.

–Las ideas siempre me llegan cuando camino, por eso parezco extraña. Vienen todas al tiempo como una manada de gacelas que huyen del peligro, y me abruman tanto que no logro estar atenta a nada distinto. Olvido la mayoría casi al instante. Algo similar me sucede con las películas.

–Por eso es que te quiero.

–Deja de repetirlo, vas a gastarlo.

–¿Qué debo decir entonces?

–Nada. No digas nada.

–Vamos a dar una vuelta. Puedes sacar la mano por la ventana.

El último día

Cuando despertó esa mañana, era un hombre nuevo. Se sentía como si cada célula de su cuerpo hubiera cambiado de estructura, dotándolo de una frescura y ligereza inigualables. En la ducha no percibía las gotas cayendo sobre el cuerpo cansado; las tostadas del desayuno sabían a gloria. Había dormido como no lo hacía hace años y se sentía tan relajado que ni siquiera estaba seguro de estar despierto. Abrió la puerta de su apartamento con toda la intención de saludar al mundo de brazos abiertos, pero la imagen que lo esperaba del otro lado le causó un profundo terror.

En el corredor del edificio tenía lugar lo que parecía ser un entierro, al que asistieron varias personas que conocía. No tuvo ninguna dificultad en reconocer al señor y señora F, que lloraban junto al féretro desconsolados. Más hacia el fondo uno de sus amigos cercanos de la infancia fumaba un cigarrillo mientras miraba por la ventana. Todo esto era muy extraño, pero en un intento por ser respetuoso, pensó que la mejor opción sería acercarse al ataúd, confirmar la identidad del cadáver y dar a sus conocidos los respectivos pésames. Eso se disponía a hacer entonces, pero cuando llegó

al ataúd se encontró con una cara bien conocida: el hombre era un invitado más en su propio entierro.

Contrario a lo que se esperaría, nada de esto le produjo la más mínima tristeza. Al fin y al cabo, ya estaba del otro lado. Recordó las incontables veces que había estado muerto en vida mientras se detenía sobre cada una de las caras familiares. Naturalmente, algunos se mostraban más afectados que otros. Ninguno de sus amigos actuales estaba allí, ni tampoco su madre. Por su parte, la hermana hablaba desesperadamente por teléfono: con todos los contratiempos que suponía la preparación de los ritos fúnebres, jamás lograría llegar a su cita en la peluquería.

El hombre habría podido quedarse contemplando la escena durante mucho más tiempo. Después de todo, ahora tenía toda la eternidad para hacerlo. Pero estaba vivo en la muerte. Era la primera vez que estaba vivo, qué lástima que ninguno de los otros estuviera allí para verlo.

–Malditos –pensó.

Luego decidió volver a su apartamento, cerrar la puerta y seguir viviendo.

Lo que falta

“Most men will not swim before they are able to.” Is that not witty? Naturally, they won't swim! They are born for the solid earth, not for the water. And naturally they won't think. They are made for life, not for thought. Yes, and he who thinks, what's more, he who makes thought his business, he may go far in it, but he has bartered the solid earth for the water all the same, and one day he will drown.”

— Hermann Hesse, Steppenwolf

Amorío: apuntes médicos.

Años después de la muerte del famoso psiquiatra y psicoanalista Gregorio Cazarrubias, su esposa Ximena decidió donar a la Biblioteca Distrital los cuadernos del difunto, que incluían principalmente apuntes de consulta. Entre las centenas de casos referidos, hemos rescatado este pequeño fragmento que describe el más común de los amoríos. Nadie hubiera sospechado que una inocente bitácora de trabajo pudiera destruir dos matrimonios y dejar a tres niños en la calle.

Hace ya tiempo que en ambos se había perpetuado ese estado de labilidad que desde la ciencia médica hemos estudiado tan meticulosamente. En definitiva, se trataba de un mecanismo de defensa que consistía en el intento constante de mantener fuera de la conciencia todo *aquello*: aquello que resultaba inaceptable bajo tantos sistemas de reglas en los que, queriéndolo o no, todos estamos inmersos. Se trataba de un auténtico caso de enfrentamiento constante a amenazas de origen interno que alejaba con éxito la percepción cognoscitiva del deseo aunque el componente afectivo se mantuviera activo en la conciencia remota, desprendido de sus ideas asociadas. En otras palabras: era inevitable.

Algunas veces, dichas exclusiones inconscientes encontraban su camino hasta las actitudes más superficiales. Sin embargo, ambos eran expertos mediadores y

lograban disfrazar la tensión en trajes de rabia o de intolerancia, que siempre cedían al paso de los días. Así es. Parece que no soy el único que ha experimentado el malestar propio de la represión prolongada por quien sabe cuánto tiempo. No la culpo de no haberlo pensado en estos términos, pero habiendo entrado en materia detengámonos un poco sobre lo que sucede allá dentro de la masa de forma circular sostenida por el conjunto perfecto de los músculos intertransversos, complejos, oblicuos, transversos, cutáneo, esternocleidomastoideo, escaleno, recto, largo, estili, mili, geni, homo, esterno y tirohioideo.

Como decía, en su caso la fijación se resistía al paso del tiempo. Así se tratara de una pulsión que se oponía directamente a otras de sus exigencias psíquicas, era innegable que el pequeño juego estaba dominado por una expectativa palpitante. Naturalmente, esta cándida charada estaba mediada por una negación sucesiva, que limitaba peligrosamente con el intento de racionalizar haciendo uso de la inteligencia que mi querida paciente creía poseer. Sin embargo, todas las sinapsis del universo no parecen ser suficientes para acceder al aislamiento efectivo, y ni siquiera el peor de los megalómanos es digno oponente de un hecho al que se ve venir desde lo lejos.

Fue en medio de estas circunstancias que un buen día decidieron embrutecerse mediante la ingesta excesiva de aquellos compuestos orgánicos que contienen un grupo hidroxilo enlazado de forma covalente a un átomo de carbono. Como es de esperarse, en el fondo de la segunda copa quedaron anclados los eternos planes de contingencia, las excusas y la cantidad de intentos por evadir la abreacción. El inconsciente, que muchos catalogan erróneamente de “destino”, había ganado la partida.

La combinación del fermentado de granos y los cambios endocrinos propios del estado interno que dirigía sus organismos derivó en el acto ineludible: al principio, movimientos torpes y curiosos propios de un estado de agitación psicomotora. Luego

pasos más suaves y controlados, químicamente provenientes del aumento de adrenalina que acompañaba el impulso biológico y afectivo. Era imposible volver atrás cuando cada partícula de aire circundante esperaba el subsiguiente episodio de trabajo en equipo: sincronía, compatibilidad, una suerte de aprendizaje *in situ*.

Como es bien sabido todo proceso de reconocimiento toma tiempo, y para esta minuciosa actividad de exploración necesitaron de varios intervalos correspondientes a la vigesimocuarta parte de un día solar medio. En medio del desenfreno iban disipándose los efectos de la mezcla azeotrópica, y como buenos estudiantes sometidos al proceso de practica distribuida, los sorprendió el día con todas sus complicaciones.

Después de una emoción tan intensa la reacción más habitual es la de entrar en un estado de disminución de las funciones fundamentales, más cuando se trata de dos personas comprometidas con otras, y mucho más cuando se enfrentan paralelamente a una serie de interrogantes complejos acerca de su propia condición. La despedida fue breve, entre risas nerviosas y miradas furtivas que ponían de manifiesto un profundo alivio mezclado con cierta perplejidad.

Para ella, sola en casa, los intentos de conciliar el sueño fueron todos fallidos. Él por su parte se dedicó a pintar. Ella escribía. Siguieron pasando las unidades de tiempo equivalentes a la vigesimocuarta parte de un día solar medio. Naturalmente, el mundo no espera. Ambos siguieron el curso habitual de su rutina: visitaron a los actuales dueños de sus promesas y volvieron a la suave comodidad que hacía tanto los abrasaba. En sus adentros, cavilaron –sería injurioso negarlo– buscaron racionalizar de nuevo y finalmente se dieron por vencidos. En definitiva, cualquier tratamiento paliativo habría resultado en una ineludible iatrogenia. Como todo en la vida, se trataba de una relación directa entre causa y efecto cuyos resultados se conocerían en un futuro incierto. Ahora, ella decide que vendrá a verme. El universo parece haber recuperado su estado

imperturbable de entropía tan analizado por la mecánica estadística y la teoría de la información.

Han sido precavidos, no han dejado ninguna marca visible: la única que existe se encuentra en un lugar tan remoto que aún ninguna disciplina ha tenido la capacidad de descubrir sus coordenadas. Alguien debería ocuparse de eso.

La perla

Era una mujer inteligente, sin duda alguna. Una mujer más inteligente que las demás, y que la mayoría de los hombres. Los personajes de este tipo comparten habitualmente una inclinación por la soledad, que estaba bien marcada en esta mujer en particular, la mujer que nos concierne.

Era solitaria por decisión propia. Había construido su independencia con cuidado, y con el paso del tiempo, la había mantenido con toda la intención. En las noches de invierno no sentía nunca la nostalgia que a tantos abrumba: sabía bien que su soledad era de otro tipo. Era una soledad determinada, contundente, la propia de aquel que prefiere encerrarse en sí mismo a enfrentar la crueldad de un mundo con el que no se identifica, al que incluso sería capaz de afirmar que no pertenece. Así, mientras el resto de los solitarios del mundo se debatían entre desamores y arrepentimientos, ella pasaba las noches leyendo con la chimenea encendida, o quizás retocando alguna de las esculturas que jamás llegarían a estar acabadas.

Nunca vio la necesidad de compartir su vida con nadie. No había conocido nunca a una persona digna de tales privilegios. Por eso, vivía conforme con el aislamiento al que se había sometido desde joven, cuando las otras muchachas buscaban con ansias al mejor postor, aquel que les prometiera una casa junto a la playa con dos nanas que cuidaran de los niños en las tardes.

Esta mujer no creía en los postores, ni en los sirvientes, ni en las casas en la playa. No creía tampoco en las tertulias ni en los puntos de vista. Con el tiempo, había comprobado la inutilidad de compartir sus ideas con otros que, según había aprendido, jamás entenderían el suyo. Se preguntaba con frecuencia si acaso tenía una forma de ver el mundo que no era compatible con ninguna de las que eran comunes en su tiempo, o si es que no había tenido la suerte de cruzarse con alguien que, al igual que ella, estuviera convencido de que nada en absoluto valía la pena tanto como estar solo.

Con la esperanza de que sucediera algo que aún no tenía bien definido, la mujer documentaba todos estos pensamientos. Tenía cuadernos y cuadernos inundados de reflexiones que jamás releía por miedo a ver sus convicciones reducidas a unos cuantos párrafos.

Nadie leería nunca todo esto, aunque ella no tendría forma de saber que cuando muriera, sus diarios serían botados a la basura como la mayoría de sus pertenencias. Su familia no los reclamaría por hastío, mucho menos sus pocos conocidos.

La carta

Una noche al regresar a casa del trabajo, encontró en el buzón una carta que decía:

Querida mía:

¿Recuerdas aquel día cuando decidimos despedirnos para siempre? Yo lo recuerdo. Era un martes de agosto, y los rayos de sol se escabullían entre las hojas de los árboles en el parque. Recuerdo también que lo que siguió fue una reacción en cadena, en picada. No sé si finalmente, pasado todo este tiempo, sea el momento correcto de decirte cuánto siento todo lo que sucedió entre nosotros sin ser ya nuestro. Lo cierto es que hasta ahora me atrevo a escribirte y espero que encuentres la manera

de ver en estas letras a aquel muchacho apasionado que tanto quisiste, aunque ambos sepamos que la mano que ahora escribe está cubierta de arrugas y de arrepentimientos.

No sería honesto de mi parte dejar de lado las razones que me llevaron a buscarte justo ahora. Bien sabes que me casé con ella poco después de que partimos, y que vivimos en una casa de campo en la pequeña aldea de X, a tres horas de la ciudad. No hablamos mucho pero nos conocemos bien, y hemos llegado a dominar lo que para otros es la carga de la convivencia. Como cualquier pareja de ancianos, tenemos toda una rutina. Ella me sirve el desayuno en las mañanas a las 8:00; cocina los huevos justo como me gustan desde hace doce años. ¡Cómo se nos ha pasado la vida por delante! A partir de un punto el tiempo se detiene y ya comes los mismos huevos cada día, como si justo después de ingerir el último bocado la materia que parecía consumida encontrara la manera de reaparecer ante tus ojos. Qué maravilla que es la costumbre.

En la época de la que quiero hablarte estaba inmerso en la comodidad del lugar ya conocido. Todas las mañanas a las 8:00 me esperaban sobre la mesa dos huevos fritos en aquel punto intermedio en que la yema no está ni muy dura ni muy blanda. El plato siempre iba decorado de la misma manera: los huevos en el centro exacto y una tajada de queso a cada lado. Era como si ella usara un compás para hacer las mediciones más precisas, y siempre pensé que si me propusiera la tarea de hacer los cálculos encontraría entre los dos lados del plato una simetría incomparable.

Te preguntarás por qué reaparezco después de tantos años para hablarte de esto. Recuerdo lo impulsiva y ansiosa que eres, e imagino que en este momento, si es que no lo has hecho ya, tomarás una pausa y encenderás un cigarrillo mientras piensas en lo ridículo que soy. Querrás arrojar la carta a la basura, querrás hacerlo con todas tus fuerzas pero no lo harás porque en el fondo sabes que nada te genera más placer que

saber de mí. No seas impaciente, querida mía. Ya entenderás la importancia de los detalles.

Te hablo del desayuno habitual precisamente porque lo que hoy me arrastra de vuelta a ti sucedió justo el día en que mi rutina se vio perturbada. Imaginarás mi sorpresa cuando, una mañana de tantas, el desayuno no estuvo listo a las 8:00 sino a las 8:15. En principio, atribuí el desfase a algún percance doméstico: quizás había dormido de más o no se sentía del todo bien. Luego imaginé que se trataba de algo más serio: tal vez ahora me odiaba, o incluso estaba intentando matarme. Los días que siguieron el desayuno me fue servido a las horas más dispares. La disposición del plato era cada vez menos simétrica, la yema de los huevos cada vez más dura, el queso más rancio. Empecé a preocuparme y decidí confrontarla. Ella me respondió con voz serena que no había ningún problema, e incluso me reclamó por cuestionar su respuesta.

Pasaron los días y una nueva costumbre se instauró en casa: desayunábamos cuando ella lo decidiera, y lo que ella quisiera. Debo aceptar que no me molestaba del todo. Se convirtió en una excelente cocinera, incluso me atrevo a decir que muchos de sus platos habrían podido servirse en los más exclusivos restaurantes de la ciudad. Más de una vez le propuse que los presentara en un concurso de gastronomía, a lo que me respondía humildemente que ya veríamos.

Éramos felices de nuevo, o quizás por primera vez. No hablo ya de esa felicidad pasiva que sucede como por inercia, sino de una felicidad dinámica, viva. Caminábamos por el bosque y tomábamos vino. Un día incluso decidimos ir a bailar como en los viejos tiempos. Es precisamente de ese día que quiero hablarte. Ella llevaba un vestido rojo, flores en el pelo, zapatos altos. Tomamos vino, comimos y bailamos hasta el amanecer. Cuando volvimos a casa la llevé al jardín, la tomé de la mano y me quede mirándola a los ojos. Debieron pasar dos o tres minutos antes de que me diera cuenta de

que esos ojos no eran los suyos, ni el reflejo de los míos en los suyos era mío. (Sé que te retuerces de impaciencia al no saber hacia dónde va todo esto, pero te pido que no me tomes por un viejo loco en quien los años ya han cumplido su cometido).

Al principio pensé que se trataba de algún efecto del licor; después de todo es imposible ser uno mismo con los ojos de otro, completamente imposible. Dormí muy poco esa noche, y ya entrada la madrugada fui a dar una vuelta por el jardín. Supongo que ella notó mi ausencia y por eso bajó a buscarme. Se sentó en el mismo lugar de la víspera y me miró con curiosidad, de nuevo con unos ojos que no eran los suyos. Tomé un momento en adivinar de quién eran, y entonces lo comprendí todo: eran los tuyos. Eran los tuyos que brillaban con la luz tenue de la madrugada, y que ahora estaban en su cara. Eran los tuyos que nunca olvidaría a pesar de que hubiéramos jurado partir para siempre. “Para siempre es un largo rato,” dijiste aquel día.

Ahora te veo en todas partes. En la primera plana del periódico creo verte entre las multitudes que celebran o combaten o se lamentan. Cuando camino por la ciudad veo tu cara en todos los transeúntes, eres la encarnación mental de todos los personajes que figuran en las novelas que leo. No puedo mirar a nadie a la cara sin ver por un instante algún reflejo de la tuya, y ni hablemos de lo que sucede cuando escribo. Por eso es que ahora te busco. En más de una ocasión, la similitud entre mi recuerdo de tu cara y la cara que veo es tal que me convengo de que esta vez sí eres tú quien me devuelve la mirada. Incontables son las veces que he tratado de hablarle a tu reflejo refiriéndome a episodios que sólo tú conocerías con el fin de encontrar un polo a tierra, pero hasta el momento sólo he obtenido miradas de intriga y desprecio.

Te pido que vengas a verme, y que cuando lo hagas no te sorprendas si dudo un instante antes de diferenciarte del resto de las personas que, como ya te he dicho, llevan máscaras de tu cara.

Siempre tuyo,

Y.

Al reverso de la última página estaban especificadas las direcciones de una casa en la pequeña aldea de X a las afueras de la ciudad. Ella las miró rápidamente y volvió a meter las hojas en el sobre. Encendió un cigarrillo pensando en lo ridículo que era todo aquello, concluyó que se trataba de un viejo loco en quien los años habían cumplido su cometido y fue a la cama.

Lo mismo hicieron todas las otras mujeres que recibieron una copia exacta de la carta y que la encontraron en sus buzones una noche, después del trabajo.

El ilusionista

Antonio no conseguía recordar el rostro de Ana, ni el de María, ni el de Luisa, ni el de ninguno de los asistentes a su última aparición pública. Sin embargo, todos en la ciudad hablaban de él, y también en los pueblos, veredas, haciendas, y rancherías. Sus libros habían sido los más vendidos durante tres años consecutivos en las ferias de las tres ciudades más importantes. En cada esquina –literalmente, en cada esquina– había un afiche que mostraba su cara sonriente y regordeta, junto a la que se leía siempre alguna de sus frases célebres de tipo: “Puedes hacer lo que quieras con el mundo, si aprendes a encontrar dentro de ti las herramientas adecuadas”, o “Así lo veas como malo ahora, el universo siempre obra a tu favor”. No cabía la menor duda: Antonio Concha era el hombre más famoso de su tiempo.

Era el tipo de personaje que hacía felices a todos aquellos que lo rodeaban, comenzando por supuesto por las casas editoriales. Las ventas habían subido un 200% tan sólo dos meses después del lanzamiento de su libro *Naciste para dominar el mundo*, primero de los muchos oráculos que escribiría. De ahí en adelante las ganancias

crecieron de forma exponencial. No vale la pena detenerse sobre las cifras, pero si hubiera que hacerlo bastaría con mencionar que, al publicar el tercer tomo de su filosofía de vida titulado *El principio y el fin están en ti*, tenía propiedades en los cinco continentes e incluso se rumoraba que había comprado una pequeña isla al norte de Asia. Los lectores, por su parte, también eran felices. Un estudio psicológico comprobó que el nivel de suicidio en las amas de casa desesperadas se había reducido en un 13% en el primer año, y que ese número se había triplicado cuando Constantino Fernández, el *manager* del artista que siempre lograba adelantarse a los hechos, lo había convencido de dictar sesiones de apoyo personalizadas. Allí, los asistentes tenían la oportunidad de conversar cara a cara con aquel que parecía tener todas las respuestas.

La premisa del asunto era bastante simple: “Si quieres trascender el dolor, el sufrimiento y todas esas emociones desgraciadamente humanas que te hacen perder tiempo de tu vida terrenal, dame todo tu dinero y despreocúpate. No pienses en nada. Da igual que tu salario sea de uno o de diez, entendemos tus limitaciones.” Aparentemente, ninguno de los fieles tuvo el más mínimo problema de comprensión, ni dudó un segundo en seguir las instrucciones. Todos dieron lo que tenían a favor de la causa, y de acuerdo con lo pactado dejaron de preocuparse: habían comprado su boleto para el tren de la felicidad absoluta.

Antonio tenía más de lo que podía contar, pero como es natural en los personajes de su tipo, lo quería todo. Duró exactamente tres meses, dos horas, diez días, trece minutos y catorce segundos planeando el acto que lo llevaría a la cima: en plena luz del día, en el Parque de las Nieves, celebraría una hipnosis colectiva. Por supuesto, los hipnotizados pagarían cantidades alarmantes de dinero por presenciar la confirmación de la supuesta procedencia sobrenatural de su hipnotizador.

Incluso los escépticos, es decir el 1% de la población que había logrado resistirse a los encantos del ilusionista, estaban atentos a la gran revelación. Como era de esperarse, los tiquetes se vendieron al precio estipulado y se revendieron por varias veces ese valor. Finalmente llegó el día más esperado. Setenta y tres personas entre las cuales se hallaban prestigiosos médicos, físicos y algunas monjas curiosas se reunieron en el Parque de las Nieves a la hora acordada. Claro está que los miles de seguidores que no pudieron comprar un tiquete no fueron privados del espectáculo: en un ataque de emoción, el presidente ordenó que durante el gran día se reemplazara la transmisión de noticieros con el cubrimiento del evento en vivo y en directo. Después de todo, pensó, ¿quién necesita saber más sobre la guerra, la corrupción, las drogas y el desempleo? Si acaso queda tiempo, que transmitan la sección de entretenimiento ¿A quién no le gusta ese par de piernas doradas que hace apenas unos años desfilaban desnudas en la competencia de vestidos de baño? Y así se hizo. En las casas, los bares e incluso los centros comerciales todas las pantallas mostraban la misma toma del Parque de las Nieves.

Yo llevaba los mismos tres meses, dos horas, diez días, trece minutos y catorce segundos que Antonio Concha preparándome para el espectáculo. No piense usted que era por las mismas razones que el resto del mundo, no. Pero sí compré el tiquete como todos y esperé con emoción desde mi asiento en la tercera fila. En ese entonces tendría apenas veintisiete años y hace apenas tres que hacía parte de las Juventudes Azules. Esta era mi primera misión, y sólo años después logré comprender que nadie sospecharía que un muchacho como yo sería el responsable de dar muerte al mayor estafador de la historia.

Pensé que la partida del mago sería el fin de la cadena, y que sus seguidores se sentirían profundamente ofendidos al notar la manera en que habían sido estafados. Sin

embargo, el día del entierro no cabía en el cementerio una persona más. En los noticieros pululaban las notas sobre el difunto, y durante meses el país entero estuvo de luto. La situación se mantuvo hasta que el hábil Constantino Fernández supo ver una nueva oportunidad de enriquecerse. Y fue así que, tan solo tres meses después de la muerte del gran Antonio Concha, el país daba la bienvenida a Policarpo Barrera, cupido personificado.

Rescate

Esta mañana habrías podido salir de casa por la puerta trasera, pero no lo hiciste. De nuevo uno, dos, tres pasos y allí está la escalera, saludándote con la misma indiferencia de todos los días. Le sonríes amigablemente y emprendes tu camino. El cuarto paso siempre es un poco más inseguro: debes asumir que el suelo te recibe ahora con su vasta planicie. Por lo menos cinco veces te preguntas si habrás dado la vuelta a la cerradura y apagado la luz. Finalmente, a la sexta te convences de que lo hiciste aunque desde el principio lo sabes. Sí que lo sabes.

Caminas por la calle hasta llegar al parque y te sientas en una banca cualquiera. Para distraerte, abres aquel viejo libro que llevas contigo a todas partes, aunque en el fondo aborreces. Pronto lo abandonas para perderte en el laberinto mental que has construido tan cuidadosamente. Todos los caminos son ya conocidos y sabes bien que terminan trayéndote hasta mí. Me imaginas. En silencio repites mi nombre hasta que el conjunto de letras pierde su sentido: nuevamente he ganado la partida. Me buscas exasperadamente entre los transeúntes para no encontrarme. Ahora sí que estás atrapado. Entrás en cólera y en un acto de rebeldía decides volver a casa. Esta vez ingresarás por la puerta trasera y me probarás que eres capaz de escapar mi ley inquebrantable.

Te pones de pie. Metes la mano en el bolsillo de tu abrigo para asegurarte de no haber perdido las llaves. En efecto, siguen justo donde las dejaste. Empiezas a caminar de vuelta y de repente el cigarrillo que de acuerdo con tu experimento se consumía en siete minutos lo hace en seis, quizás porque estás un tanto agitado. Esta vez son cinco pasos hasta la escalera, mas cuatro escalones indiferentes. Ahora el tercero es el inseguro, el cordón de tu zapato se enreda con una grieta del piso. Abordas el incidente con cuidado y sin saberlo alcanzas la puerta. Abres las dos cerraduras y entras por el corredor. En apenas un segundo te das cuenta de que has fallado en tu misión. Es un hecho: he vuelto a imponerme.

18

Lav apreciaba inmensamente a su amigo Bel, pero en el fondo de su corazón le tenía tanta envidia que un buen día, en un ataque de cólera, lo mató. Esa misma noche tuvo un sueño en el que se le presentaba el lugar perfecto para enterrar el cuerpo y evitar que otros lo descubrieran. A la mañana siguiente, sepultó el cadáver y no contó a nadie lo sucedido.

Tiempo después, una mujer tuvo un sueño en el que un campesino asesinaba a su amigo. Estaba tan alterada que lo contó con detalles a su familia durante el desayuno, describiendo minuciosamente a cada uno de los protagonistas de la escena. Ese día uno de sus hijos había llevado un invitado que reconoció inmediatamente al hombre del sueño. Toda la situación le causó un poco de risa y apenas hubo concluido la visita se dirigió a casa del campesino y le dijo:

–La madre de mi amigo soñó que habías asesinado a un hombre.

–¿Quién es este amigo tuyo? –le respondió el campesino aterrorizado.

Y mientras lo distraía con la conversación pensó en lo arriesgado que era todo aquello, así que terminó matándolo también.

Al día siguiente los padres del muchacho lo buscaban desesperados y cuando se enteraron de que su hijo había visitado al campesino Lav decidieron entrevistarse con él. Lav estaba tan angustiado que parecería que hubiera pasado toda la mañana esperando a que la madre llamara a la puerta, y antes de darse cuenta, tres cuerpos sin vida yacían en el suelo de su casa. Supo entonces que era hora de enterrarlos y esperó a que llegara la noche para dirigirse al escondite donde había depositado el cuerpo de su amigo. Tras completar la labor, volvió a casa inmerso en oscuros pensamientos y, con de un cansancio indescriptible, se sumió en un profundo sueño del que no volvió a despertar jamás.

Pasaron semanas enteras antes de que alguien se percatara de la ausencia del desdichado campesino Lav. Fue un vecino quien reportó la desaparición a las autoridades locales, tras detectar un extraño olor que indudablemente emergía de su casa. Como Lav no tenía familia y fue imposible contactar a su único amigo Bel, los mismos oficiales de la policía se encargaron de enterrarlo. El lugar seleccionado fue un pequeño hoyuelo a las afueras de la ciudad en el que curiosamente parecía haberse efectuado ya algún tipo de entierro, ya que uno o dos dedos alcanzaban a asomarse entre la greda. Nadie indagó acerca de esta azarosa circunstancia que, por el contrario, facilitó el trabajo de los sepultureros a tal punto que cobraron la mitad del precio estipulado por sus servicios.

Idilio: escena tercera

Egipto.

Aeropuerto de El Cairo.

Noche.

Diez años después.

Gracias a la tormenta que sacude la ciudad de Nueva York, la puerta de embarque número tres está llena de gente que espera. Mujeres con niños de brazos caminan exasperadas de un lado al otro y dos azafatas con los labios pintados de rojo reparten galletas y cajas de jugo.

Una mujer observa en silencio los aviones que despegan. No está sola: la acompañan una maletita rosada y una azul cuyos jóvenes dueños no están a la vista.

Un hombre mira por la misma ventana a unos metros de distancia. Los pájaros de acero se elevan lentamente y sus luces se vuelven cada vez más pequeñas hasta que desaparecen entre las nubes.

La mujer piensa en las ventanitas dispuestas en filas perfectas a los costados de los aviones. Son tan pequeñas que nadie se imaginaría todo lo que cabe allí adentro. Imagina entonces todo lo que puede haber dentro de un pájaro de aquellos que, algunas veces, la despiertan en las mañanas. Nada de ello podría deducirse de la simple observación de unos ojos amarillos. Una sonrisa se esboza en su rostro, pero antes de que logre emitir sonido alguno, dos niños pequeños llegan corriendo y tiran de su falda.

El hombre que miraba por la ventana dirige su atención a la escena. Durante unos segundos, detalla la cara de la mujer de cabello rubio que se detiene sobre los hombros, con la simple excusa de tomar impulso antes de lanzarse hacia la parte más baja de la espalda. Se dirige hacia ella con pasos tímidos. La ha reconocido. Jamás podría olvidarla, ¿cómo podría?

A mitad de camino, se arrepiente. Un hombre de ojos claros ha llegado con juguetes para los niños.

La niña, que ahora lleva colgada la maletita rosada, ha comprendido que aquel hombre que miraba por la ventana caminaba en su dirección y ahora lo examina con curiosidad. Se dispone a ir hacia él, pero el hombre de ojos claros la detiene de

inmediato. Se pone de rodillas y le dice algunas palabras al oído. La pequeña baja la cabeza.

El hombre que miraba por la ventana busca a la mujer de cabello rubio, pero esta ha desaparecido. Una de las azafatas de labios rojos se acerca para ofrecerle un jugo: toma uno de mango. Inserta el pitillo en el minúsculo círculo de aluminio y comienza a beber. El contenido de la caja se agota tan rápido que tiene tiempo de sobra para llamar a la azafata y pedirle otra antes de que se aleje. Esta vez, escoge un jugo de fresa.

Mientras tanto, los dos niños pequeños juegan a las escondidas con el hombre de ojos claros. Él cuenta hasta diez mientras ellos se agachan tras la maleta del anciano que duerme en una silla contigua. Los chicos no logran contener la risa y el hombre los encuentra casi de inmediato. Se abrazan y se besan. La azafata de labios rojos se acerca a ellos enternecida. Ha llegado su turno de recibir una galleta y una caja de jugo.

Las galletas para los niños tienen forma de animales: la niña escoge un camello de chocolate, el niño un león de miel.

Finalmente regresa la mujer de cabello rubio. Esta vez, pasa frente al hombre que observa. Lo mira tímidamente pero él no lo nota.